



Ecofeminismo y cuidados

Selección de textos para la Escuela de Verano 2019

13, 14 y 15 de septiembre

Selección de textos sobre ecofeminismo y cuidados

Textos fundamentales recogidos en la selección

Álvarez, Santiago. Desmaterializar, desmercantilizar, despatriarcalizar y descolonizar.

Éxodo. Nº 48 (20-27). También disponible en:

<http://www.exodo.org/desmaterializar-desmercantilizar-despatriarcalizar-y-descolonizar/>

VV. AA. (1990). Por una alternativa verde en Europa. Manifiesto ecosocialista.

Mientras tanto. Nº 41 (59-92).

Francy, Nancy. (2016). Las contradicciones del capital y los cuidados. *New Left Review*.

Nº 100 (111-133). Madrid: Traficantes de Sueños. También disponible en:

<http://newleftreview.es/issues/100/articles/nancy-fraser-el-capital-y-los-cuidados.pdf>

Desmaterializar, desmercantilizar, despatriarcalizar y descolonizar

Las mujeres, la naturaleza y los pueblos y países explotados son las colonias del Hombre Blanco. Sin esa colonización, o sea, sin su subordinación en aras de la apropiación predatoria (explotación), no existiría la famosa civilización occidental ni su paradigma de progreso (María Mies y Vandana Shiva)[\[1\]](#)

El capitalismo es un sistema económico que vive de la explotación de sus colonias y que genera un modo de vida imperial. Como señalan María Mies y Vandana Shiva, esas colonias son las mujeres, la naturaleza y los países del Sur. Su desarrollo histórico ha conducido a la crisis ecosocial en la que nos encontramos. La dinámica expansiva capitalista, impulsada por el ánimo de lucro y el individualismo competitivo, choca con los límites naturales y desbarata los vínculos sociales, afectando de esa manera las condiciones materiales que permiten la reproducción de la vida y de la existencia social.

Para comprender esta dinámica colonial del capitalismo hay que tener en cuenta que la economía se encuentra inserta en la sociedad y en los sistemas naturales. No es posible una comprensión cabal de la economía sin referirnos a esa dimensión social y ambiental. Es algo que ponen de manifiesto tanto la economía feminista como la economía ecológica. La primera, al resaltar que la mayor parte del trabajo real de provisión del sustento se realiza en el marco del hogar y que las personas, ya sea como trabajadoras o como consumidoras, no aparecen por ensalmo en el ámbito mercantil. Alguien las ha cuidado, las ha alimentado y las ha educado previamente. La segunda, cuando señala que los ecosistemas sostienen la vida y juegan un papel básico para el propio funcionamiento económico: proveen recursos que se transforman en bienes y servicios a través de la actividad económica y absorben los residuos que esa actividad genera.

Para lograr aprovecharse del trabajo doméstico desempeñado mayoritariamente por mujeres y conseguir apropiarse del trabajo y los recursos naturales de los países del Sur, el capitalismo –siendo el mismo un sistema de explotación y dominación de clase– se apoya en otros sistemas de opresión. Así ha sido históricamente. No hay más que constatar cómo a lo largo de su existencia se ha desarrollado con la ayuda del colonialismo y el patriarcado. El fin del colonialismo histórico abrió la puerta a nuevas formas coloniales, de manera que la colonialidad persistió tanto en el interior de los Estados surgidos de lo que antaño fueron colonias como en las relaciones que aquellos establecieron desde entonces con sus antiguas metrópolis. Viejos y nuevos colonialismos que marcan tanto continuidades como rupturas en relación con las modalidades de apropiación de los recursos naturales y la fuerza de trabajo de los países del Sur. Las nuevas reglas neocoloniales han facilitado que los países del Norte puedan eludir en gran medida sus tensiones distributivas internas trasladando las contradicciones y los conflictos al Sur, a los territorios a los que se encarga el papel de suministradores de fuerza de trabajo y recursos. Algo similar ocurre con el ámbito doméstico, al que se trasladan buena parte de las tensiones y contradicciones generadas en la esfera productiva. Así, por ejemplo, la disminución de los ingresos del hogar se suele compensar habitualmente intensificando el trabajo doméstico y de cuidados para intentar evitar un deterioro en el bienestar familiar.

Estas dinámicas, emanadas de unas estructuras e instituciones asentadas en desiguales relaciones de poder, dan lugar a un modo de vida que podríamos calificar de 'imperial' al ser un modelo que genera bienestar a unos pocos a costa del malestar de la mayoría. Es un modo de vida que revela las profundas relaciones existentes entre la riqueza del Norte y el deterioro de las condiciones de vida y los conflictos en el Sur, entre la comodidad de los varones y el 'desvivirse' por la familia de las 'abnegadas' esposas y madres, entre la opulencia material de las sociedades industriales y la destrucción global del planeta. El bienestar que disfruta una parte de la población mundial no se puede extender al resto sin empeorar las condiciones de vida de toda la humanidad, amenazando de forma inmediata la vida de los más pobres.

Crisis ecológica y de cuidados

El modo de vida imperial ha provocado la actual crisis ecosocial que padecemos. Ha ocasionado, por un lado, una fractura metabólica con la naturaleza y, por otro, una fractura social con la comunidad y el hogar. Cada fractura merece un breve comentario.

Con anterioridad a la revolución industrial, las sociedades se organizaban en el plano material básicamente a partir de los recursos bióticos, siguiendo un modelo de desarrollo acorde con la naturaleza, concebida no sólo como el hogar que alberga la vida y proporciona los recursos, sino también como la maestra que enseña a organizarlos. El funcionamiento de las sociedades agrarias tradicionales se basaba en una economía solar y circular: se aprovechaba una fuente prácticamente inagotable de energía, el flujo solar, y apenas existían residuos porque la mayor parte de la cosecha no utilizada, así como los excrementos humanos y del ganado, eran utilizados como abono para la tierra, permitiendo con ello el inicio de un nuevo ciclo de cultivo. Sin embargo, estos criterios biomiméticos fueron abandonándose progresivamente en el tránsito hacia la sociedad industrial que se inicia hace más de dos siglos en las economías centrales del capitalismo, y se expande posteriormente por todo el mundo. Esta falla en los intercambios de materia y energía con la naturaleza da origen a la crisis ecológica global, convertida hoy en la principal amenaza existencial.

La segunda fractura adquiere la forma de una crisis de cuidados. En el interior de los hogares las personas, mayoritariamente mujeres, realizan una enorme cantidad de trabajo. A lo largo de la vida, el tiempo dedicado al trabajo doméstico y de cuidados es considerablemente superior al del trabajo de mercado. Mediante esta actividad se producen bienes y servicios que, aunque no aparecen en las estadísticas económicas, son importantísimos a la hora de satisfacer las necesidades de las personas. Especialmente relevante es la actividad destinada a cuidar a las personas a lo largo del ciclo vital. En la actualidad se da una combinación de factores que tensa las articulaciones tradicionales entre las esferas productiva y reproductiva. Los principales son los siguientes: el envejecimiento de la población y los cambios demográficos que experimentan las sociedades de occidente; el cuestionamiento del papel del Estado de bienestar y, en concreto, la permanencia de las políticas de ajuste del gasto social; finalmente, y no menos relevante, las dificultades propias con las que se encuentran las mujeres a la hora de insertarse en el mundo laboral. Es un cóctel explosivo que ha

provocado una *crisis de cuidados* y, como consecuencia, un grave deterioro del bienestar social y la calidad de vida.

El incremento de la esperanza de vida siempre se ha visto como una bendición. España es uno de los cinco países del mundo con valores más altos: 80,1 años en el caso de los hombres y 85,5 en el de las mujeres. La evolución positiva de este indicador viene acompañada, sin embargo, de otros fenómenos: el progresivo envejecimiento de la población y el aumento de las necesidades de cuidados de las personas. Entre el 80 y el 90 por ciento de las personas mayores de 65 años que obtuvieron atención en su hogar la recibieron de cuidadores informales, esto es, de personas que desempeñaron su trabajo de cuidados sin especialización profesional ni ningún tipo de remuneración. Los cambios en la estructura y relaciones familiares (familias más pequeñas, sin hijos, incremento de las tasas de divorcio y segundas nupcias, aumento de la participación laboral femenina, etc.) afectan a la disponibilidad de cuidadores informales. Por otro lado, el descenso de la natalidad ahonda en el desequilibrio. En la era del *baby boom* (entre los años 1958 y 1977) se producían alrededor de 650.000 nacimientos anuales; en la actualidad, sin embargo, el número de nacimientos anuales apenas supera los 400.000 en nuestro país ^[2].

Esta situación de mayor necesidad de cuidados y menores efectivos de cuidadores tradicionales podría compensarse con un mayor compromiso de toda la sociedad a través de la acción del Estado y, en particular, con una mayor asunción de responsabilidades por parte de los hombres en el interior del hogar. Sin embargo, no se ha producido ni lo uno ni lo otro. Desde la esfera estatal, apenas se ha compensado esta merma con servicios de asistencia pública, mientras que el patriarcado sólo ha retrocedido en el campo retórico sin traducción sustancial en las prácticas de los varones. Únicamente el mercado ha ido ampliando su oferta de atención a los mayores, pero esta solución sólo resulta accesible para quien se la pueda pagar. Además, esta expansión mercantil de los trabajos y tareas de cuidados se está realizando bajo unas condiciones laborales extremadamente precarias en unos sectores muy feminizados. El ánimo de lucro presente en las empresas que operan en el sector tampoco ayuda a incrementar la calidad y calidez de los servicios de cuidado que se prestan a las personas.

Además, la globalización ha hecho que la crisis de cuidados adquiera dimensiones globales. Varios factores contribuyen a ello básicamente. Uno de ellos es la erosión que sufre el Estado como consecuencia de la globalización de orientación neoliberal. Como se ha señalado, la esfera estatal también interviene en la reproducción a través del gasto social, principalmente en educación, sanidad y servicios sociales. La globalización deteriora la capacidad de acción y las bases fiscales que permiten financiar los sistemas públicos de protección social. Por otro lado, otro factor de la dimensión global de esta crisis tiene relación con la cadena global de cuidados. Un rasgo de la globalización es el incremento de los flujos migratorios desde el Sur hacia el Norte y, más específicamente, el fenómeno de la feminización de la emigración. La crisis del cuidado en los países del Norte ha creado una demanda privada de servicios domésticos que pretende cubrir las necesidades no resueltas. En las últimas décadas, esta demanda ha sido cubierta en gran medida con fuerza de trabajo foránea procedente de la migración. Así pues, en los países

receptores la crisis del cuidado se ha solventado, al menos parcialmente, con la llegada de esa migración femenina. Pero esa solución se logra a costa de los países emisores, debido a que al emigrar desaparecen de esos lugares las cuidadoras, aunque no así las necesidades que cubrían.

De esta manera la crisis de cuidados del Norte se traslada al Sur. Es un rasgo habitual del capitalismo trasladar tensiones no resueltas de un lugar a otro o demorarlas en el tiempo. Si ponemos ahora el foco en la clase social llegamos a la misma conclusión: las soluciones que encuentran las familias adineradas suelen traducirse en nuevos problemas para los hogares de las clases subalternas. Son conflictos que surgen de unas relaciones atravesadas tanto por la dimensión de género como por la existencia de clases sociales y escalas espaciales. Tensiones que parecen difíciles de superar de forma satisfactoria para todas las partes en conflicto si no se logra subvertir *conjuntamente* el orden patriarcal, la sociedad clasista y las relaciones desiguales entre los países.

Otra economía

Para resolver estos problemas tenemos que desatar el nudo de contradicciones en el que nos sumerge este tipo de economía, es decir, tenemos que *desmaterializar, desmercantilizar, despatriarcalizar y descolonizar* las relaciones sociales en todos los ámbitos (en el internacional, en el nacional y en el de las relaciones interpersonales).

A la hora de presentar alternativas, hay que recordar que la cooperación en la búsqueda del bien común (frente al individualismo competitivo que sólo busca el interés propio) ha estado presente en casi todas las iniciativas que, a lo largo del siglo xix y hasta la primera mitad del xx, fueron surgiendo en Europa como respuesta a las consecuencias sociales que se iban desprendiendo del desarrollo industrial capitalista. Desde los planteamientos de los llamados socialistas utópicos –con la idea de Henri de Saint Simon sobre la ‘sociedad de productores’, las cooperativas de Robert Owen o el falansterio de Fourier–, pasando por las propuestas de estatalización de los medios de producción que Marx y Engels plantean en el Manifiesto Comunista (1848), y por las comunidades campesinas que defienden los *narodnikis* o populistas rusos, la comuna de París en 1871 o las comunas anarquistas concebidas como municipios autónomos que se unen a otros distritos por el principio federativo, hasta llegar a los consejos obreros que se definen como una forma de democracia en el lugar de trabajo.

En la actualidad reaparece en las iniciativas que conocemos como *economía solidaria* y subyace en la mayoría de las propuestas procedentes del ecologismo, el feminismo, las comunidades indígenas y campesinas y, en general, de aquellos movimientos que perciben la contradicción entre las relaciones capitalistas y las condiciones que garantizan la reproducción de la vida humana.

Los mercados de trueque, los bancos de tiempo, las iniciativas que comparten herramientas de trabajo o parcelas de tierra para plantar huertos comunitarios, los

bosques y pastos de aprovechamiento común, los trabajos y las tareas comunitarias, las cesiones temporales de bienes, los consumos compartidos, los favores, etc., han estado siempre presentes en la comunidad como expresión de los vínculos familiares y vecinales existentes entre sus miembros. Con el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información, el *crowdfunding* ha permitido financiar proyectos que se encontraban excluidos de los canales convencionales de crédito, las plataformas de alojamiento gratuito han ofrecido a sus usuarios intercambios de hospitalidad y los espacios de *coworking* han facilitado el desarrollo de diferentes proyectos sobre la base de unos recursos compartidos. El software libre y el movimiento por un código abierto (*open source*), el sistema operativo Linux, las licencias *Creative Commons*, las *wiki* o páginas web cuyos contenidos pueden ser editados por múltiples usuarios, junto a muchas otras iniciativas colaborativas, apuntan hacia formas nuevas de producción preocupadas por la economía de lo común.

La economía solidaria implica otras motivaciones, propósitos y reglas de funcionamiento. No le basta con nuevos aportes tecnológicos si no van acompañados de transformaciones profundas en las estructuras de poder empresarial y en las relaciones coloniales, de género y de propiedad. Ahí se encuentra la clave de todo.

[1] María Mies y Vandana Shiva, *Ecofeminismo (teoría, crítica y perspectivas)*. Icaria, Barcelona, 2015, p. 103.

[2] Véase las *Estadísticas del movimiento natural de población* del Instituto Nacional de Estadística y el número 28 de la revista *Panorama Social* dedicado al envejecimiento de la población, la familia y la calidad de vida (FUNCAS, segundo semestre 2018).

POR UNA ALTERNATIVA VERDE EN EUROPA

MANIFIESTO ECOSOCIALISTA

CARLOS ANTUNES - PIERRE JUQUIN

PENNY KEMP - ISABELLE STENGERS

WILFRIED TELKÄMPER - FRIEDER OTTO WOLF

Políticos de todas las obediencias tratan de llevar a su molino el agua de los primeros éxitos de los Verdes. Ahora bien, la dinámica verde, tanto en Europa occidental y central como en el Brasil, en la Unión Soviética o en otros lugares, junto con otras mutaciones importantes y en relación, consciente o no, con ellas, revela la crisis de la política establecida, es decir, el divorcio cada vez más profundo entre los representantes convencionales y sus comportamientos, por un lado, y los problemas reales por otro. ¿Acaso la cuestión ecológica no es uno de los factores de los cambios que están teniendo lugar en los países del Este?

Este movimiento está tan sólo en sus inicios. Pues la vida terrestre es mortal: ahora lo sabemos. Y no de muerte natural, sino social. La humanidad sería irresponsable si no emprendiera la autotransformación más completa y rápida que jamás se ha visto obligada a efectuar. Ninguna sociedad podrá eludir esta exigencia. Sin embargo, la política establecida no ha preparado a ninguna colectividad a abordar el reto. Los partidos tradicionales creen que tienen respuesta para todo, pero la verdad es que no tienen nada que ofrecer. La crisis ecológico-social no es un fenómeno nada sencillo. Puede desembocar en salidas muy distintas, en el Este y en el Oeste. Todas ellas están germinando ya en el movimiento real, tanto en el de las cosas como en el de las conciencias. Aparecerán otros factores, así como nuevas combinaciones impredecibles. Las trayectorias actuales de las sociedades del Este deberían movernos a todas y a todos a ser muy modestos en materia de previsiones. Es posible que emerja una civilización superior y pluralista. Posible, pero no seguro. Debido a las enormes desigualdades que hoy separan entre sí a los seres

humanos, también es posible que los estados, las clases o los clanes mejor abastecidos, mejor organizados y armados, elaboren e impongan soluciones fundadas en la opresión, la explotación y la exclusión de los pobres, de una parte de la juventud y de las mujeres. Es posible que pongan apósitos sobre las heridas del siglo sin emprender ninguna terapia profunda. Esos grupos y aparatos tratan de que una parte de la población acepte modificar sólo lo preciso para que el sistema pueda seguir funcionando.

Pero los profesionales de la política y los tecnócratas que se jactan de tener dominada la situación mienten. Y aumenta el número de quienes se dan cuenta de su mentira. De ahí se sigue que un progreso real de la humanidad es viable. A condición de que sepamos reflexionar y actuar solidariamente, sin dejar la dirección del cambio ni al dinero ni al poder establecido. Los problemas son tan graves que nos parece oportuno iniciar una reflexión pública acerca de las opciones que son posibles y ventajosas para toda la humanidad, incluidas las generaciones futuras, esforzándonos al mismo tiempo por dar al menos algunos pasos concretos, sin más demora. Un entero proyecto histórico no cabe en pocas palabras. A la vista del debate que resulta indispensable, nosotros, mujeres y hombres con largos historiales de izquierda, a la vez distintos y convergentes, tomamos partido por la solución que se nos ofrece como la mejor en Europa: una alternativa ecosocialista, a la vez feminista y antiautoritaria.

Con este fin, en el presente manifiesto exponemos nuestras principales concepciones e intenciones comunes. Las sometemos a la consideración general, conscientes, por una parte, de los límites actuales de nuestra búsqueda y, por otra, de la imperiosa necesidad de iniciar un diálogo profundo y honesto con todas aquellas y todos aquellos que se preguntan por la viabilidad de una salida de izquierda ecologista, aunque hayan seguido itinerarios distintos de los nuestros. Estamos a la escucha de todas y de todos, especialmente de los jóvenes. Publicaremos nuestro texto en varias lenguas, con la mención de los primeros apoyos recibidos y de las primeras contribuciones suscitadas por él, ya sea para aprobarlo, para corregirlo o incluso para contradecirlo.

La sociedad, en el Este y en el Oeste, no espera supuestas soluciones hechas y acabadas. Antes de elegir, examinemos a fondo qué puertas vamos a abrir. Pero no dejemos de elegir.

PRIMERA PARTE

LOS RETOS

Londres, 1848, en el *Manifiesto del partido comunista* escribía Karl Marx: «En su dominación de clase apenas secular, la burguesía ha creado fuerzas productivas más masivas y colosales que todas las generaciones pasadas juntas. El sojuzgamiento de las fuerzas de la naturaleza, la maquinaria, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, los ferrocarriles, los telégrafos eléctricos, la adaptación para el cultivo de continentes enteros, la navegabilización de los ríos, poblaciones íntegras como surgidas de la tierra, ¿qué siglo anterior sospechaba que dormitasen semejantes fuerzas productivas en el seno del trabajo social?».

Desde entonces han pasado cinco o seis generaciones, es decir, un instante fugaz comparado con los dos millones de años que han transcurrido desde la aparición de la especie humana. En Francia, por no citar más que este ejemplo, un peón debía trabajar 1h 43m para comprar un kilo de pan en 1875, hoy 10 minutos; 1h 26m para un litro de leche, hoy 7 minutos; 4h 46m para un litro de petróleo, hoy 10 minutos. Y sin embargo su semana laboral ha disminuido de 63 a 39 horas. La esperanza de vida de una francesa al nacer ha aumentado de 28 años en 1780 a 44 años un siglo más tarde, y hoy rebasa los ochenta. La mayor parte de las familias europeas, por lo menos en el Oeste, están provistas de manera desigual, pero abundante, de neveras, lavadoras, televisores y automóviles. No obstante, ¿qué valor tiene este modo de vida para las personas?

Han salido a la superficie nuevos datos y nuevos problemas: exigencias de carácter ecológico, de liberación de las mujeres, de liberación de los pueblos de Africa, Asia, América Latina y Oceanía, de desalienación salarial, social, política, en el corazón mismo de los países «ricos». El movimiento real pone en entredicho, como jamás se había hecho, el modelo de civilización inventado por la burguesía. Imprime un nuevo empuje a la exigencia de abolición del modo de producción capitalista. También impugna, con un vigor que no era de prever, el socialismo tal como se ha manifestado hasta hoy, es decir, como parte interesada — aunque con rasgos específicos —

de este modelo de civilización. Exhorta al movimiento obrero a que supere este modelo, so pena de verse desbordado por él.

CAPÍTULO I

Lo ecológico, lo social y lo económico

Desde su surgimiento, la vida sobre la Tierra no deja de transformarse, transformando a la vez el medio dentro del cual evoluciona. La humanidad ha tenido que adaptarse a las variaciones climáticas y reaccionar ante los fenómenos naturales. Todavía en fechas recientes, entre mediados del siglo XVI y mediados del XIX, ha experimentado una breve era glacial.

Hoy, en cambio, el problema tiende a invertirse. Es la especie humana la que ejerce violencia sobre el movimiento de la naturaleza. Aparte de las contaminaciones y del agotamiento de varios recursos, puede provocar cataclismos de magnitud parecida a la de las erupciones volcánicas o los terremotos, y aun mayores. Ha empezado a diezmar las especies animales y vegetales, a trastornar las cadenas tróficas. Difunde venenos en el ecosistema que durarán miles de años. Modifica la composición química de la atmósfera. En el más extremo de los casos, puede eliminar casi instantáneamente, mediante la guerra atómica y el subsiguiente invierno nuclear, toda vida superior sobre la superficie del planeta.

Nunca antes en la historia de la Tierra habían tenido lugar modificaciones de una tal magnitud en lapsos de tiempo tan breves. La relación de la sociedad con la naturaleza, al cambiar en cuanto a la escala y a la celeridad, cambia parcialmente de sentido. No es la naturaleza la que queda expuesta a peligros, pues su existencia proseguirá pase lo que pase. Lo que se acerca a un estado de grave peligro es la vida terrestre, y en primer lugar la vida humana. Este es el principal resultado del capitalismo. Hasta hoy el socialismo ha sido incapaz de hacer frente a este desarrollo torcido. Al contrario, ha alcanzado igual resultado en periodos más cortos. Las principales pruebas están a la vista de todo el mundo.

El planeta en peligro

La composición química de la atmósfera ha empezado a cambiar durante la segunda mitad del siglo XIX. Desde entonces la combustión del carbón, del petróleo y de la leña ha liberado más dióxido de carbono (CO_2) del que han absorbido los océanos y la fotosíntesis. Pero desde comienzos de la década de 1950 este desequilibrio aumenta a un ritmo más acelerado. La naturaleza ha tardado cinco mil años, desde finales del último periodo glacial, en incrementar en un 50 por ciento la concentración de CO_2 . De seguir el actual ritmo, las sociedades humanas habrán duplicado esta concentración en menos de un siglo. Cien veces más de prisa. Desde mediados de los 80 otros gases emitidos a consecuencia de actividades humanas - metano, compuestos del nitrógeno y del cloro - duplican el efecto *invernadero* del CO_2 . Estos cambios no pueden por menos de modificar las condiciones climáticas. El ozono no representa más que una capa de 3 milímetros de espesor entre el sol y nosotros. Esto equivale a un tercio de millonésima del espesor de la atmósfera. Pero esos 3 milímetros han bastado para hacer posible el desarrollo de la vida en la superficie terrestre gracias a que filtran la luz solar absorbiendo la radiación ultravioleta que contiene. Cualquier modificación, por ínfima que sea, de la eficacia de este filtro podría acarrear consecuencias incalculables para las células vivas y la fotosíntesis. Pues bien, el equilibrio del ozono es resultado de un gran número de interacciones físico-químicas: durante los últimos años algunos productos industriales cuya presencia es inferior a la milmillonésima de la concentración total - los célebres CFC - parecen haber bastado para deteriorarlo. Se trata de un temible «grano de arena»...

En algunos miles de años la humanidad ha convertido amplias extensiones en *desiertos* o zonas semidesérticas. Este tipo de destrucciones se están acelerando. Cada 20 segundos desaparece una explotación agrícola en algún lugar del planeta. La *carga química* del medio ambiente y de los seres vivos crece peligrosamente (y no sólo debido a las prácticas agrícolas, sino también a causa de la medicina). En Europa, y en general en los países industrializados del hemisferio norte, los *bosques* se degradan. Las lluvias ácidas no son más que uno de los factores causantes de este flagelo. Un aumento anual del 1% en el transporte por carretera de la CEE podría emitir cada año, de seguir las mismas pautas vigentes hasta ahora, 80.000 toneladas adicionales de óxidos; al cabo de uno o dos decenios ningún bosque habría resistido. La RDA, Polonia y Checoslo-

vaquia contribuyen considerablemente a esa degradación debido a la contaminación que provocan. Cada año desaparece por tala o incendio una extensión de lo que queda de las *selvas tropicales* casi equivalente al territorio de la RFA.

Dos tercios de la población mundial carece de *agua potable*. Cada día mueren por esta causa 25.000 personas. El agua sucia mata cada año 4,6 millones de niños. En muchos países industriales los mantos freáticos han quedado afectados. Si persiste el ritmo actual, dentro de diez años dos tercios de las corrientes fluviales del planeta estarán reguladas por pantanos, cuyas consecuencias serán catastróficas. Pese a su extensión, el *océano mundial* no podrá seguir digiriendo por mucho tiempo los 20 millones de toneladas de desechos que las sociedades humanas vierten en él cada año, ni los vertidos de hidrocarburos. Es un asesinato. Pero es también un lento suicidio. Aparecen problemas nuevos, como, por ejemplo, la contaminación debida a unas ondas electromagnéticas cada vez más cortas, que se utilizan masivamente en aplicaciones técnicas.

Cada fenómeno ecológico es un secreto por descubrir, una problema por desenmarañar.

Pero a costa de poner unas y otras cosas en entredicho, la ecología actúa, por así decir, al modo de un suero de la verdad. Tiende a aportar una crítica radical al sistema dominante de producción y consumo. Para muchas personas sacude unos esquemas persistentes que han sido y/o siguen siendo unas «cárceles de larga duración».

¿Es preciso perder la vida para ganársela?

A la vez se desarrolla la explotación de millones de asalariados, mujeres y hombres. Esa explotación es resultado, por de pronto, de la «venalidad general» con la que en el sistema capitalista se trata al ser humano como fuerza de trabajo, susceptible, al igual que cualquier otra mercancía, de compraventa. En este sistema la relación entre empleadores y asalariados, mujeres y hombres, no es esencialmente un vínculo humano, sino una relación económica. La burguesía dominante permite vivir a millones de personas sólo a cambio del trabajo productivo que les impone. Estas mujeres y estos hombres, para poder contar con los medios de subsistencia necesarios, se ven obligados a vender a terceros una parte esencial de su actividad vital. En cuanto lo han hecho, esta actividad, para ellas y ellos,

ya no es más que un medio de existencia, y deja de ser una finalidad humana: la del libre desarrollo de su personalidad.

Tal dependencia existe, sea cuál sea el precio de venta de la fuerza de trabajo, que tiende a mantenerse en los límites adecuados a los imperativos del beneficio determinados por el sistema. En efecto, por una parte, se persigue una acumulación incesante que aumenta la demanda de personal; y, por otra parte, se mantiene de modo permanente —ya sea por las innovaciones técnicas o por el recurso a nuevos «yacimientos» de fuerza de trabajo— un «ejército de reserva» que hace competir entre sí a los asalariados de ambos sexos, en lugar de fomentar su solidaridad. El paro y la precariedad del empleo, la desvalorización del trabajo femenino, la disminución de los ingresos de los campesinos pequeños y medios, la sobreexplotación del tercer mundo a través de la inmigración o directamente sobre el terreno en Asia, África, América Latina y Oceanía, extensas bolsas de pobreza hasta en los países más ricos: he aquí una serie de rasgos actuales del sistema, que no son coyunturales, sino estructurales.

No obstante, la dependencia no se reduce a ese sometimiento formal. Ni el régimen del trabajo asalariado ni la competencia, sea cuál sea su importancia, bastan para definir la dominación económica del capital. Esta procede del propio proceso de producción establecido por el capital: «Las masas obreras, apiñadas en la fábrica, son organizadas militarmente. En su calidad de soldados industriales rasos, son puestos bajo la supervisión de toda una jerarquía de suboficiales y oficiales. No sólo son esclavos de la clase burguesa, del estado burgués, sino que son esclavizados a diario y a toda hora por la máquina, por el capataz y sobre todo por los propios fabricantes burgueses individuales» (*Manifiesto del partido comunista*). Como precisa Marx en un «capítulo inédito» de *El capital*, se trata de «un modo de producción específico en lo que respecta no sólo a la tecnología, sino también a la naturaleza y a las condiciones reales del proceso de trabajo. Se trata del modo de producción capitalista. Sólo entonces se efectúa el sometimiento real del trabajo al capital».

La tecnología y el maquinismo no son neutrales ni respecto a los seres humanos ni respecto a los ecosistemas. En toda producción de tipo capitalista las condiciones de trabajo (en sentido amplio) dominan al asalariado y a la asalariada, en lugar de estar sometidas a ellos. «El medio de trabajo, convertido en autómatas, se yergue frente al obrero durante el proceso de trabajo bajo forma de capital, de

trabajo muerto que domina y absorbe su fuerza viva» (*El capital*, II). Es una catástrofe que las experiencias comunistas de este siglo hayan mantenido, en los países del Este, este sometimiento real, reproduciendo en condiciones de planificación las mismas modalidades de la producción capitalista que explotan intensamente la naturaleza y reducen al trabajador y a la trabajadora al papel de máquina o de engranaje de la misma. Desde hace un par de siglos los asalariados de ambos sexos han luchado. Frente a la competencia han esgrimido la solidaridad, han logrado reducciones de la jornada de trabajo y han combatido para mejorar su condición. Pero no han conseguido acabar con el sojuzgamiento real. En los Estados Unidos y en los países capitalistas europeos, por lo menos en una primera fase, acaban de perder la batalla de la modernización.

De hecho, el capitalismo no se limita a un mero estropicio de material técnico y humano, sino que se propone erigir, mediante reestructuraciones, un nuevo sistema de acumulación que siga supeditando a los seres humanos a la producción. En particular, aspira a acortar la vida de los medios de producción, a transferirlos velozmente de una a otra región del planeta, en suma, a lograr que la propia producción sea el mejor mercado para ella misma. La automatización del trabajo, las industrias de proceso o la recomposición de tareas no terminan por sí mismas con la dominación del ser humano por la máquina, con la división técnica del trabajo en tareas parcelarias ni con la multiplicación de las tareas poco calificadas, y en todo caso no intelectuales. Un trabajo de vigilancia no es por sí mismo una actividad intelectual. Esas innovaciones introducen nuevas divisiones, nuevas fragmentaciones en la clase obrera, en particular cuando separan los trabajos menos calificados o subordinados del proceso de producción principal, para dejarlos en manos de empresas subsidiarias o de trabajadores y trabajadoras eventuales o con empleo precario (sobre todo jóvenes). La informatización hace que el sometimiento al maquinismo penetre en áreas laborales hasta ahora inmunes a él, especialmente en los servicios. Por añadidura, el capital incrementa la dependencia de toda la población respecto de la producción dominada por él al generar necesidades que sólo pueden satisfacerse mediante la compra de mercancías. También a este respecto los países del Este, pese a sus distintas estructuras políticas y sociales y a un desarrollo técnico y productivo generalmente inferior, han de hacer frente a desafíos similares.

Capitalismo y ecología

Es simplista describir como sólo capitalista la actual economía mundial, pues en ella se dan otras manifestaciones fundamentales de explotación, especialmente el patriarcado. Incluye, además, otros modos de producción. Pero es patente que el modo de producción capitalista ha configurado desde hace siglos la economía mundial, que bajo su lógica se han estructurado la mayoría de estados-nación, la mayoría de las clases sociales modernas y la producción y circulación de mercancías, y que sigue siendo dominante, lo cual puede apreciarse en el hecho de que ha impuesto porciones enteras de su modelo a los países del Este y ha invadido África, Asia, Latinoamérica y Oceanía.

¿Quién es responsable de la marea negra del *Amoco Cadiz*? La Standard Oil of New Jersey. ¿Y de la de Alaska? La Exxon. ¿Quién se niega a aceptar las normativas internacionales destinadas a prohibir el lavado de depósitos de los petroleros en alta mar? Los pabellones de conveniencia, es decir, inmensas flotas mercantes comandadas por grupos financieros e industriales. ¿Quién fue el causante del drama químico de Seveso? La Hoffmann-Laroche. ¿Y del de Basilea? La Sandoz. ¿Y del de Bhopal, en la India? La Union Carbide, cuyos beneficios en todo el mundo aumentaron, aquel año, en un 304%. ¿Quién produce y consume más de la mitad de los herbicidas mundiales? Los Estados Unidos. ¿Y la mitad de los fungicidas? La CEE. ¿Y la mitad de los insecticidas? El conjunto de países de la OCDE. ¿Quién presiona a los campesinos de África, Asia y América Latina? En los arrozales de las Filipinas, la Bayer, la Hoechst y la Schering despliegan sus enormes anuncios publicitarios de plaguicidas. Los grupos químicos de los países industrializados siguen fabricando DDT, cuyo uso está prohibido en estos países, y lo venden a los campesinos de otros continentes. Estos negocios prosperan. Los beneficios netos de la transnacional anglo-neerlandesa Unilever (291.000 empleados y más de 500 empresas en 75 países) acaban de aumentar, en cuatro años, en mil millones de florines; su volumen de negocios se reparte a partes iguales entre los productos alimentarios (Astra, Lipton, Royco, Iglo, etc.) y productos químicos especiales, abonos, detergentes, productos de tocador, etc. Aspira a una tasa de crecimiento real del 4% anual mediante la imposición de su modelo de consumo al Japón y al Sudeste asiático. El volumen mundial de ventas de los CFC, destructores del ozono, se aproxima a los 3 mil millones de dólares. Esta cifra asciende por lo menos a 50 mil millones si se le añaden las

aplicaciones industriales de estos gases. Las tres cuartas partes de esta producción se concentran en cinco países: siete transnacionales estadounidenses, con Dupont de Nemours en cabeza (35%); Atochem en Francia; Hoechst en la RFA; ICI en el Reino Unido... Sus filiales están instaladas en España, Italia y Grecia. África, Asia y América Latina, que compran cantidades cada vez mayores, sólo producen el 5%.

¿Quién está detrás de la deforestación del Amazonas? Veinte transnacionales estadounidenses (entre ellas Union Carbide, Massey Ferguson, Chrysler, Ford, Bethlehem Steel); diez transnacionales japonesas (entre ellas Mitsubishi, Toshiba, Sony, Suzuki); seis transnacionales de Alemania del Oeste (pueden citarse Volkswagen y Bosch); cinco transnacionales italianas (Feruzzi, Fiat, Pirelli...); tres transnacionales británicas; y el grupo suizo Nestlé. Las riquezas mineras del proyecto Grande Carajas están repartidas para los próximos 300 años entre varias transnacionales japonesas, estadounidenses y alemanas del Oeste. El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional intervienen decisivamente, en Asia, África y Latinoamérica, en proyectos que violentan la naturaleza y a sus habitantes humanos: el 60% de lo que queda de los bosques tropicales está repartido entre cinco países — Brasil, Indonesia, Zaire, Perú y Colombia — que figuran en la lista de los más endeudados.

Estas son las fuerzas sociales que en Europa, ciento cincuenta años atrás, empujaban a mujeres y niños a las minas y fábricas, imponiéndoles jornadas de hasta dieciocho horas diarias, y hacían a las familias obreras en viviendas insalubres. Se trata de las mismas fuerzas que hoy, en el hemisferio norte, provocan cierres y relocalizaciones de empresas, despiden, marginan a millones de personas, dictan el modo de consumo. Las mismas que en Sudáfrica aún someten a los negros al apartheid. Las mismas que extraen sobrebeneficios del trabajo de sus antiguos esclavos, de los inmigrantes, de los obreros, de los campesinos, de los marineros del tercer mundo. Las mismas que en Amazonia infligen a los indios una «solución final», dan trabajo a los explotados de las *favelas* pagándoles menos de 100 dólares al mes, prohíben los sindicatos y arman a los pistoleros que mataron a Chico Mendes.

En lo que respecta a los «países socialistas»... más adelante les dedicaremos el examen que merecen. Pues el beneficio privado no lo explica todo.

Responsables

Es evidente a nuestro parecer que las estructuras desempeñan el papel fundamental en nuestras sociedades. La vida de las personas deriva y depende de ellas. Las estructuras determinan en gran medida las mentalidades, ideas, opiniones y conductas. ¿Dónde se sitúan entonces nuestros márgenes de libertad, nuestras posibilidades de atajar o agarrotar el funcionamiento de los sistemas, de invertir su dinámica y de cambiar las estructuras?

De algún modo, todos y cada uno de los europeos y las europeas son responsables. En Gran Bretaña una familia de cuatro personas produce 44 toneladas de CO² al año: el 25% procede del automóvil individual y el 3% de los transportes colectivos. Un automóvil consume por cada 1.000 kilómetros la misma cantidad de oxígeno que un ser humano necesita para respirar durante un año. El lavado de un automóvil requiere un promedio de 190 litros de agua. La lavadora de ropa, 120 litros cada vez. El lavaplatos, 80 litros. La mayoría carecen de otra opción: el sistema es coercitivo. Y la responsabilidad se reparte según las diferencias sociales: en las zonas «elegantes» de París, el gasto diario de agua por habitante es de 200 litros, mientras que en los barrios populares sólo asciende a 90 litros. Ello no obsta para que haya responsabilidades compartidas. Partes de la selva tropical se esfuman en nuestras tazas de café o de chocolate. Otras las devoramos con las hamburguesas. Hay compañías que venden DDT y HCH a Burkina Faso para que este país suministre judías verdes a Europa en febrero. En la RFA el precio de una taza de café se reparte del modo siguiente: 14% para el supermercado alemán, 6% para las industrias de embalaje y transporte, 12% para las industrias mecánicas y de automóviles, 5% para la industria química, 1% para el importador, más del 30% de impuestos y tasas de la RFA, 3% para el gran terrateniente guatemalteco, 7,5% de tasa a la exportación percibida por el gobierno de Guatemala y 4% para el campesino productor. El consumo de café, motivador de estrés, esnobismo y publicidad, se ha decuplicado en Alemania occidental desde comienzos de los años 50.

Pero la verdadera responsabilidad, individual y colectiva, de cada una y cada uno de nosotros es de carácter general. En lugar de acomodarnos al sistema, lo que deberíamos hacer es combatirlo. Llevando su lógica hasta sus últimas consecuencias, la ecología política, a diferencia de la teoría económica clásica, no considera ineluctable el capitalismo. Cabe incluso pensar que otras vías de desarrollo

eran posibles en la época moderna. La ecología política no fomenta tampoco la ilusión de que los problemas se resolverían con otro sistema económico productivista. Su fuerza radica en que somete a crítica a toda teoría económica concebida, en el siglo XIX, sin tomar en consideración el ecosistema ni la demografía.

¿Neoliberalismo? ¿Políticas ambientalistas?

El capitalismo, incapaz actualmente de imponer una dictadura "ecofascista", vacila entre dos opciones.

En primer lugar, una opción neoliberal. Pero hace siglos que funciona, tras el mercado, la «mano invisible» de que hablaba Adam Smith. ¿En virtud de qué milagro iba a ser el egoísmo de todos contra todos menos nocivo mañana que ayer para la naturaleza y el ser humano? ¿A santo de qué múltiples decisiones competitivas y exasperadas iban de repente a armonizarse con el ecosistema y a dar paso a un bienestar generalizado? Dado que la productividad se define hoy como el rendimiento obtenido por trabajador empleado, sin contabilizar los costes sociales y ecológicos, si se mantiene en vigor el mecanismo de aumento de la productividad con miras al beneficio, se seguirán produciendo bienes y técnicas que agravarán aun más el paro, la intensidad del trabajo y las violencias contra la naturaleza. Hasta tal punto esto es así que el propio capitalismo, cuando se trata de preservar las condiciones de su reproducción y de sus beneficios, no se abstiene de intervenir mediante sus bien visibles «manos»: los bancos, las transnacionales y los estados. Lo han probado en la práctica Ronald Reagan y Margaret Thatcher, y se puede comprobar también en el Japón «liberal» o en los nuevos países industriales de Asia.

Un número no desdeñable de capitalistas tienden a preferir otra manera de defender sus intereses. En los años 1930 y 1940 se estableció en los Estados Unidos un compromiso social, el compromiso keynesiano. Tras la segunda guerra mundial esa *American way of life* se extendió a los otros países capitalistas. Aquel compromiso, fruto de prolongadas luchas y cargado de contradicciones sociales, está hoy agotado, o cuando menos ha llegado al límite. De momento no parece despuntar ningún otro compromiso social, que sea más favorable a los asalariados y consumidores. ¿Cabe prever acaso un ajuste sustitutorio en el terreno de lo ecológico?

En una página de *El capital* muy citada, Marx dice: «El capital esquilma a la vez las dos fuentes de toda riqueza: la tierra y el trabajador». Ahora bien, en el curso de la evolución del capitalismo se ha podido alcanzar soluciones prácticas para salvaguardar la fuerza de trabajo y asegurar su mantenimiento. Actualmente esa evolución puede desembocar en soluciones bastante parecidas con miras a la salvaguarda y preservación de la naturaleza. Es un planteamiento simplista decir que la alternativa consiste en optar por una rápida destrucción del capitalismo o por el suicidio de la humanidad. En el hemisferio norte ya se ha iniciado una reforma ecológica del capitalismo bajo el rótulo de «política ambientalista»: controles coercitivos impuestos a las empresas privadas y públicas; sanciones penales o financieras contra delitos ecológicos; investigación en técnicas capaces de limitar los perjuicios ecológicos y que puedan proporcionar nuevos cauces a la acumulación de capital (por ejemplo, estudios de impacto para reducir los costes accesorios; reciclamientos que proporcionen recursos suplementarios; producción de innumerables mercancías que puedan conquistar una nueva clientela; venta de bienes de equipo para descontaminación; ahorro de energía, etc.).

Semejante integración de la ecología topa con ciertos conglomerados de intereses capitalistas y estatales, pero está en marcha en varios países. Un compromiso ecokeynesiano, suponiendo que la «mano invisible» no vaya a cortarlo de raíz, sería para la ecología política lo que el aumento del consumo y la seguridad social son para el socialismo: un progreso real, pero limitado, provisional y contradictorio.

La política ambientalista preconiza el respeto básico de la propiedad privada de los medios de producción, el mercado, la libre competencia, la libertad de empresa, es decir el respeto hacia factores esenciales que fomentan el desorden, la permisividad, la falta de control cívico sobre la técnica y la economía. Por esta razón sólo puede ser parcial, fragmentaria, encaminada no a prevenir los daños sino a repararlos.

La política ambientalista toma como marco la actual contabilidad económica. Está condenada, pues, a tropezar con la práctica incapacidad de ésta para traducir los costes y riesgos ecológicos en «valores de cambio» por anticipado. La política sanitaria ha topado ya con este problema.

La política ambientalista depende de los aparatos de estado y de las direcciones de los grupos financieros e industriales; incluso puede reforzarlos. Sobre el terreno, no puede tener la agilidad, la precisión y la radicalidad de una intervención democrática directa.

Tal vez algo podría hacerse si los trabajadores pudieran plantearse lo siguiente: «Abordemos primero lo más urgente. Zanjemos cuanto antes el problema ecológico. Una vez preservadas las condiciones de vida, ya nos enfrentaremos a propósito de lo social». Sin embargo, los pobres de los países ricos y las muchedumbres menesterosas de África, Asia, Latinoamérica y Oceanía no pueden esperar. ¿Y merecerá confianza una reglamentación ecológica si lo social no está reglamentado? En suma, de lo que se trata, a nuestro juicio, no es de buscar los mejores procedimientos para reactivar la acumulación del capital, sino de resolver con la máxima eficacia humana y ecológica los problemas objetivos que se plantean.

Dos lógicas

Dos lógicas distintas están frente a frente: por una parte, la lógica autonomizada de lo económico; por otra, la lógica de lo vivo y lo social.

Como suma de los intercambios entre sociedades humanas y naturaleza, la economía constituye, desde hace unos dos millones de años, la base material de la vida y de la reproducción de todo grupo humano. No obstante, el capitalismo ha hecho de la economía un sistema cerrado, separado de la naturaleza y dominador. En unos pocos siglos la esfera de lo económico ha trastornado las sociedades al poner en vigor la idea de que las necesidades humanas son ilimitadas y de que la naturaleza tiene una ilimitada capacidad para satisfacerlas. Esto era tanto como reducirlo todo a la utilidad inmediata. El área inmensa de lo que no puede instrumentalizarse ni traducirse en términos de eficacia económica pasó a considerarse lujo, superfluidad, haraganería o utopía, a menos que adquiriera carácter mercantil. Para semejante utilitarismo, los ecosistemas no son más que mundos inertes, que pueden saquearse y envenenarse a discreción. El ser humano se convierte en fuerza de trabajo y capacidad de consumo; de sujeto pasa a ser objeto.

De hecho, estos postulados legitiman la tendencia esencial del capital a su propia acumulación sin límites. A partir de ellos se ha de-

sencadenado una dinámica de reproducción ampliada. El planeta se ha convertido en una suerte de inmenso almacén que, para desprecio arrogante hacia los pobres, exhibe aquel famoso anuncio publicitario estadounidense: «Si no sabe lo que quiere, entre: lo tenemos».

El capitalismo pone todo su empeño en moldear al ser humano real a imagen y semejanza del individuo mutilado que el economicismo requiere. Glorifica una noción estrecha de felicidad. Impone a todas y a todos una carrera desenfrenada en pos del beneficio. La magnitud decisiva es el valor de cambio. Los valores de uso pasan a un segundo plano. Llevando las cosas al límite, las producciones ideales para el capitalismo son las armas y la droga: máximos beneficios con una inmovilización mínima. Se imponen dos postulados que constituyen un sinsentido: la economía como sistema cerrado y la explotabilidad indefinida de la naturaleza y del ser humano.

La economía jamás ha funcionado en el vacío. Todo ser vivo y toda sociedad gastan energía y sólo pueden compensar esta disipación captando de su entorno energías de reposición. La energía no puede ser generada por el trabajo humano. Procede del sol, ya sea directamente (radiación, calor) o indirectamente (energía eólica, hidráulica), de la radiación solar almacenada en los combustibles fósiles (petróleo, carbón, gas), y también, aunque en una proporción hoy muy reducida a escala mundial, del flujo geotérmico y de la energía nuclear.

En las economías industriales modernas, las fuentes abióticas de energía han substituido ampliamente no sólo el trabajo humano, sino también el conjunto de recursos de procedencia biológica. El trabajo humano supone en general menos del 1% de la energía mecánica total empleada. Paralelamente, la actividad económica extrae materias primas de la naturaleza, devolviéndole los desechos generados. Esta actividad consume energía. Extraer una tonelada de cobre de yacimientos porfiricos cuya concentración sea del 1% exige 22.500 kilowatios-hora; el coste asciende a 43.000 si la concentración del mineral es del 0,5% y a 90.000 si es del 0,3%. Una tonelada extraída del agua del mar exigiría, al parecer, 560.000 kilowatios-hora.

La agricultura, con el aumento de la mecanización, del uso de productos químicos y de la complejidad técnica de los cultivos, se convierte casi en una actividad minera. Substituye la extensión en

superficie por energía procedente del petróleo, es decir, energía solar por energía fósil. De este modo, pese a las apariencias, pierde en eficacia real. En Gran Bretaña se gastaba, ya en 1963, 6,5 calorías fósiles para obtener 1 caloría de alimento; en los Estados Unidos, 9,6 calorías para 1 caloría de alimento en 1970.

Si el consumo energético por persona ascendiera, para una población mundial de 6.000 millones de seres humanos, al de los Estados Unidos, haría falta disponer inmediatamente de diez veces más kilowatios térmicos de los que hoy se consumen. En menos de un siglo, suponiendo una población constante, se agotarían las reservas de carbón, incluidas las supuestas pero no probadas todavía. Las de petróleo se agotarían en dieciocho meses. La atmósfera seguramente no resistiría el impacto. Dado el actual estado de las técnicas, sólo la construcción de centenares de reactores supergeneradores permitiría satisfacer, teóricamente, una demanda semejante. Ahora bien, ¿cuántos Chernobyl acecharían en un planeta sobrenuclearizado? ¿Qué efectos, conocidos o no, cabría esperar de las radiaciones ininterrumpidas que se emiten durante el funcionamiento «normal» de las centrales? ¿Qué soluciones se arbitrarían para unos residuos que, como el plutonio 239 (cuya vida radiactiva media es de 24.600 años), deberán ser administrados y vigilados por unos seres tan alejados de nosotros en dirección al futuro como lo son hacia el pasado los hombres de las cavernas?

En lo que hace al ser humano, su actividad no se puede dividir ni comprimir a discreción. La moderna antropología se inclina a pensar que posee, tal vez desde sus orígenes, unos rasgos que no autorizan a dejarlo reducido a mera fuerza de trabajo. El trabajo productivo es, en efecto, uno de sus rasgos característicos, y además, desde los comienzos de la hominización, ha sido más amplio, adaptable y diversificado que lo que sugieren los útiles de piedra, las únicas herramientas que se han conservado hasta nuestros días. Pero también lo es la reproducción de los seres humanos, con todo lo que supone en cuanto a diferenciación de la sexualidad y a procedimientos de crianza y educación. Y el lenguaje, que sin duda no surgió sólo debido a las constricciones económicas, sino de las necesidades de comunicación en todos los ámbitos de las relaciones humanas. Y el despertar del goce, en el trabajo sin duda, tal vez en el juego, en el amor y la convivencia, en la creación artística, que apareció muy pronto, especialmente en la fabricación de herramientas. Y por último el sentimiento de dignidad, que se manifiesta en los cuidados brindados desde muy antiguo a los muertos.

Una parte de la clase obrera, ese producto de la industrialización, nunca ha dejado de reflexionar en torno a estas cuestiones de fondo. Hasta 1848-1850 se opuso al maquinismo y al aislamiento deshumanizador de las tareas parcelarias. Hacia 1930 luchó contra el taylorismo. Actualmente reivindica de modo creciente algo más que un empleo y un salario. Se plantea preguntas como: ¿qué es lo que se produce? ¿Por qué, para quién y cómo se produce? Cuanto mayor es su calificación, tanta más consciencia toma el obrero de las finalidades de la producción. Los nuevos movimientos de los trabajadores asalariados, simultáneamente con otros movimientos con los que de momento no convergen, asumen la vieja aspiración contenida en el lema «a cada una o cada uno según sus necesidades». Pero también inician una reflexión sobre las propias necesidades. Tienen a colocar en su punto de mira la realización del individuo integral.

Una nueva radicalidad

Queda un largo trecho por recorrer antes de que la economía ocupe el lugar que le corresponde en la sociedad y con relación a la naturaleza. Y antes de que se redefina la libertad económica, a la vez como libertad para autodeterminarse, en cuanto trabajador o trabajadora y usuario o usuaria, en el acto de producción, y como libertad de producir insertando conscientemente los actos humanos en los ciclos naturales. Esta nueva radicalidad, ecológica y humana, ilumina los dos puntos ciegos del economicismo: la racionalidad de éste sólo tiene que ver con la visión a corto plazo, que queda desconectada de la visión a largo plazo; y por otra parte hace que la sociedad se extravíe al descomponer los problemas en cuestiones parciales, estrechamente especializadas, impidiendo así el pensamiento global.

Hasta ahora las sociedades han conseguido invadir territorios exteriores. Esto ya no se repetirá. Entre diez mil y doce mil años atrás, el planeta tenía unos 5 millones de habitantes. Los seres humanos son hoy más de 5.000 millones. Dentro de un siglo serán unos 10.000 millones, según las previsiones más bajas. Suponiendo que las sociedades humanas hubieran logrado reducir bastante los nacimientos, ¿podrían negarse a prolongar la esperanza de vida en todos los países y acrecentar así, al menos de modo transitorio, el número total de los vivos? Esta realidad no será en modo alguno catastrófica si la

producción, las necesidades y el consumo se estructuran sobre bases radicalmente nuevas, justas y ecológicas.

No hay ninguna otra escapatoria. Ya no podrán conquistarse nuevas Américas. Los sueños pseudocientíficos de construir planetas artificiales o de emigrar a la estrella Alfa eluden los problemas estructurales. El sistema productivista no puede difundirse por todo el planeta. Si toda la humanidad tuviera que alimentarse empleando las técnicas agrícolas estadounidense, todas las reservas de petróleo del planeta quedarían agotadas en cincuenta años sólo para usos agrícolas; los suelos y las aguas sufrirían daños irremediables. En los Estados Unidos hay un automóvil por cada 1,8 habitantes; la media mundial es de un vehículo por cada 12 personas. Si se generalizaran los niveles de motorización de los Estados Unidos, ello supondría inmediatamente unos 3.000 millones de coches, y el doble dentro de un siglo. Es algo impensable.

La sociedad no tiene más salida que luchar contra el actual modo de producción y consumo, y abandonarlo. A partir de ahora, cualquier compromiso histórico, aunque se haya establecido transitoriamente en función de los problemas y de las relaciones de fuerza, tendrá que promover a la vez lo social y lo ecológico. Pocas veces la palabra ruptura, tan manoseada, habrá tenido una significación más clara. El ámbito de la transición ecosocialista que consideramos necesaria para Europa se sitúa en la interacción concreta de los ecosistemas y las sociedades humanas. Hay que tratar de conciliar, en una nueva síntesis práctica, las dos exigencias, las dos escalas temporales: por un lado, un modo de producción, de consumo y de vida ecológicamente sostenible; por otro, una sociedad emancipada.

Lejos de nosotros el profetismo. No existe una *one best way*. Concebir la historia como un proceso cerrado sería tanto como esterilizarla, como querer manipular a los seres humanos. El problema general que formulamos no se plantea exactamente en los mismos términos en los distintos países europeos. En particular, hay considerables diferencias entre los países del Este y los del Oeste. La «casa común» por construir no puede ser más que el resultado de soluciones precisas y diferenciadas, pero convergentes. En este manifiesto nos limitaremos a proponer soluciones adecuadas a los problemas de los países en los que vivimos. Pero al mismo tiempo proponemos que sean debatidas con todas las fuerzas sociales y políticas de los países del Este que se preocupan por buscar alternati-

vas. Queremos intercambio, cooperación, ayuda mutua, sin ningún tipo de hegemonía.

No pensamos en ningún apocalipsis. No habría ninguna clase de problema ecológico si la humanidad no hubiese constituido sociedades, desde sus orígenes, relativizando su evolución biológica y apostando por una evolución sustitutoria: el desarrollo histórico y cultural. Se trata de un desarrollo que es producto de la inteligencia y de la selección de una conducta, la solidaridad, que se opone a la lucha a muerte de todos contra todos. Entre los rasgos esenciales de la especie humana figuran a la vez la fuente de los dramas actuales y la de su posible rectificación.

La respuesta a este desafío no provendrá de la naturaleza ni de la economía entendidas como fuerzas ciegas. Sólo puede proceder de unos seres humanos conscientes y asociados. En lo esencial no será técnica, sino cultural, es decir, política en el sentido más propio. La solución no reside en ninguna negación malthusiana de las capacidades ni de las necesidades humanas. Llevada al extremo, este tipo de solución integrista, a veces sugerida en nombre de una «ecología profunda», eliminaría el problema de la producción eliminando la producción, y el problema de las relaciones de la humanidad con la naturaleza eliminando a la humanidad. Para nosotros, en cambio, el ecosocialismo no puede ser más que un humanismo. Tratemos, todos juntos, de ser más inteligentes y más solidarios. Es decir, más humanos.

CAPÍTULO II

La liberación de las mujeres

Socialismo, ecologismo y feminismo: estas corrientes no han surgido de las mismas contradicciones. Aunque todos los ecologistas se hubieran convertido en feministas y todas las feministas en ecologistas, los dos movimientos seguirían siendo distintos.

El feminismo, en el fondo, pone en entredicho la dominación.

Es cierto que una relación biológica específica vincula a las mujeres con la reproducción de la especie humana. Pero de ahí no se sigue que tengan por esencia una afinidad o identidad con la naturaleza. Sería una visión extrañamente machista la que colocara a un lado a unos seres de cultura, los hombres, y al otro a unos seres de naturaleza, las mujeres. Para los humanos de ambos sexos la hominización es cultural. La feminidad y la masculinidad actuales son producto de unas relaciones sociales dominadas por los hombres durante milenios y la estereotipada distribución burguesa de los respectivos papeles de unos y otras. Las mujeres no están más cerca de la naturaleza que los hombres. El movimiento de liberación de las mujeres y el movimiento ecologista han brotado simultáneamente, el primero de manera aun más universal que el segundo. Les une a ambos el hecho de rechazar el conjunto del sistema desde un punto de vista exterior. Las mujeres, por haber vivido otras experiencias que los hombres, pueden aportar algo distinto a la sociedad.

El patriarcado excluye a las mujeres de los poderes político, económico y militar, y las remite prioritariamente al cuidado de los niños, mutilándolas y frustrándolas. Las mujeres poseen unas capacidades para la relación que los hombres se han dejado amputar en beneficio de la jerarquía y la competencia. Las mujeres han luchado, y siguen luchando, para reapropiarse de su cuerpo. Saben mejor que los hombres qué clase de degradaciones provoca una presión social cuando conlleva la negación de uno u otro componente de la personalidad. Desde que accedieron a puestos de trabajo en la producción moderna, deben hacer malabarismos con el empleo, los hijos, la casa, es decir, con múltiples actividades. Están en buenas condiciones para relativizar lo que constituye aún, para muchos hombres, el valor supremo de su identidad: el trabajo remunerado.

En Asia, África, América Latina y Oceanía, las mujeres reciben los trallazos de la sobreexplotación industrial y de la urbanización anárquica. Ellas son las que acarrear y alimentan a los niños, las que huyen de las hambrunas y violencias. En las zonas rurales, contándose por decenas de millones, son ellas las que cargan en exclusiva con las duras tareas de la supervivencia, van a buscar diariamente el agua potable a distancias inaccesibles, a recoger en los bosques —cada vez más afectados por la destrucción y más alejados, a distancias de hasta un día de camino— treinta o cuarenta kilos de leña y plantas forrajeras. Aquí y allá tejen redes de resistencia contra unos crímenes económicos y ecológicos que son a la vez crímenes contra las mujeres. Un ejemplo lo ofrecen las mujeres no violentas

del movimiento «Chipko» que, en las laderas del Himalaya, hicieron ceder a los taladores de bosques atándose a los árboles. O las habitantes de Kenya, de las cuales 637.000 estaban registradas en 1984 como pertenecientes a 16.232 grupos de mujeres, número que hoy asciende a más de 25.000. O esas peruanas del movimiento de ayuda mutua «Vital» que hacen funcionar 1.500 cocinas comunitarias en las barriadas periféricas de Lima. Y tantas otras en Indonesia, Bangladesh, Filipinas, Sri Lanka, Zimbabue, Brasil, México...

Feminismo y trabajo

¿Quién prepara la comida y la bebida desde hace milenios? ¿Quién lava, plancha y cuida la ropa? ¿Quién mantiene limpia la casa? ¿Quién cuida de los niños? Sin esas actividades materiales cotidianas, ninguna sociedad y ninguna economía son posibles. Según las Naciones Unidas, las mujeres, en todo el planeta, proporcionan los dos tercios del total de horas de trabajo, producen el 44% de los artículos de alimentación, perciben el 10% del monto global de los ingresos y poseen el 1% del total de bienes.

Sin embargo, la economía política clásica, inventada por hombres, falocrática, niega la existencia de una producción doméstica y no ve en la familia más que una unidad de consumo. Aparentemente, del hogar no salen ni mercancías ni plusvalía. La mujer que cambia la ropa de un niño de pecho, prepara la comida y educa a los niños produce importantes valores de uso. La familia restringida, el «hogar», a la vez que lugar de trabajo, es para las mujeres el lugar donde se concentran las alienaciones —y a menudo incluso las violencias— de que son víctimas. Pese a que este trabajo femenino representa, medido en tiempo social, la misma cantidad de horas que el trabajo asalariado, las contabilidades nacionales lo ignoran. Sobrevalorando el trabajo productivo, el capitalismo, desde hace un par de siglos, ha logrado apoderarse, en los países industrializados, del trabajo doméstico. Son las mujeres las que renuevan la fuerza de trabajo. Al comprar esta fuerza de trabajo, el capital explota el trabajo no pagado de las mujeres, tengan empleo o no. El capitalismo sólo ha podido desarrollarse gracias al modelo patriarcal, que deja en manos de las mujeres una enorme cantidad de trabajo no valorizado, al considerarse una función «natural» y, de hecho, como no trabajo. El trabajo doméstico, negado y gratuito, determina asimismo las condiciones de empleo de las mujeres.

Pese a los cambios acaecidos, las mujeres siguen obligadas a buscar un hueco para ellas en un mundo de hombres. Topan con una concepción y una organización del trabajo establecidas según normas masculinas. A los ojos de los hombres el trabajo asalariado no es para las mujeres más que un paréntesis en su vida; la tarea a la que se deben es el servicio a su compañero y a su familia. Las mujeres se mantienen en posiciones secundarias de la sociedad. En la industria se las ha relegado a posiciones subordinadas, como reserva para las coyunturas altas, se las ha sometido al taylorismo, a la desigualdad en materia de salarios, calificaciones y responsabilidades. Esa es la auténtica economía dual.

Luchamos por la igualdad de mujeres y hombres en el trabajo asalariado. Pero cuando la crisis ecológica y económica pone en evidencia las debilidades de los valores patriarcales de utilitarismo, de lógica tecnicista y de explotación ilimitada de los recursos, es importante librar este combate yendo hasta el fondo de las cosas. En el movimiento obrero de Europa, aunque con diferencias de grado, los enfoques hacia el trabajo asalariado han seguido siendo masculinos. Las leyes, los acuerdos y los convenios abundan en disposiciones especiales y derechos especiales concedidos a las mujeres. Pero muchas de esas medidas tienden a confirmarlas aún más en su papel de madres. Toda la organización del trabajo debe ser revisada pensando en los dos sexos. El movimiento obrero perpetuaría la explotación de ambos sexos si no pusiera en entredicho el modelo dominante de división sexual del trabajo a cuya reproducción ha contribuido activamente. Sólo el rechazo de la opresión de las mujeres abre la puerta a la extinción de toda explotación.

El cuerpo

La sexualidad es una construcción social. Una misma actitud es la que hay tras el trato de la naturaleza como objeto pasivo e inagotable y tras la consideración de la reproducción de la vida humana no como libre actividad creadora de la mujer, sino como recurso disponible a discreción por parte del hombre. Los hombres, «dueños y señores» tanto del vientre de las mujeres, como de la naturaleza, han controlado de manera creciente la fecundidad de las mujeres y, por consiguiente, su sexualidad, su salud y su vida.

En muchos países las mujeres han decidido luchar primero por su cuerpo.

Cada situación difiere de un país a otro y de una mujer a otra. No todas reciben palizas, no todas han sido violadas o prostituidas, no todas han quedado embarazadas contra su voluntad cinco o siete veces en menos de diez años. Pero cualquier verbalización por parte de una mujer que exprese esas tragedias cotidianas rompe para cada una de ellas el cerco de la soledad, del silencio y del sufrimiento. Las remite a todas a su experiencia personal de la dominación y la violencia masculinas. El más íntimo de los problemas es también el más político. El cuerpo de la mujer, reglamentado por las sociedades viriles y aún tan a menudo manipulado, hostigado, encerrado y mutilado, pone al desnudo el carácter monstruoso de las sociedades. De ahí surgió la reivindicación esencial: «Un hijo si yo quiero, y cuando lo quiera». Tras duros combates se han logrado leyes que el machismo establecido no deja de poner en tela de juicio o de tratar de neutralizar. Cada embarazo no deseado es un conflicto: la mujer es quien debe decidir. Mientras no basten las medidas anticonceptivas, que deben estar sometidas a la voluntad de las mujeres, es preciso que la interrupción voluntaria del embarazo garantice su libertad de elección.

En todo el planeta el promedio de niños por mujer es de 3,5. En el tercer mundo 4,1. En doce países este promedio supera los 7: Arabia Saudita, Jordania, Siria, Libia, Benín, Nigeria, Kenya. En otros cincuenta la fecundidad supera los 5,5 niños por mujer.

En 1974, en la conferencia mundial sobre población celebrada en Bucarest, varios estados, destacando entre ellos el gobierno argelino, replicaron lo siguiente a las propuestas de control demográfico: «El mejor anticonceptivo es el desarrollo». Hay algo de verdad en ello. Pero también en este caso lo económico se toma por lo esencial. Muchos economistas aparentan creer que un aumento del PNB basta para hacer disminuir la tasa de fecundidad. De hecho, los países o las regiones menos pobres no siempre son los menos fecundos, y no todos los más depauperados tienen el crecimiento demográfico más rápido.

¿Y qué decir del terrorismo de los estados? A juicio de algunos, los estados deberían obligar a las mujeres... Por esta vía es como China ha tratado de incorporarse al conjunto de países con menor tasa de aumento demográfico. La represión de la plaza Tian An Men es una muestra del coste de un despotismo patriarcal. Los dirigentes chinos evalúan hoy en un 15% de la renta nacional el coste de la degradación del medio ambiente de su país, y en los próximos veinte

años no se puede descartar una crisis ecológica importante. ¿Acaso van a añadir a su «demo-dictadura» una «eco-dictadura»? Rechazamos estos métodos, que son devastadores en cualquier país y circunstancia.

También en este asunto hay que elegir entre varias opciones. Primero, y antes que nada, nos oponemos a las campañas alarmistas sobre la demografía. Las fuerzas patriarcales, autoritarias, imperialistas tratan de manipular unos terrores que en los procesos tecnológicos de hoy siguen siendo los mismos que en las cazas de brujas de antaño. Esas fuerzas, que durante siglos han prohibido y castigado los abortos en Europa, desearían hoy justificar con argumentos ecológicos políticas de control y represión contra las mujeres en África, Asia y América Latina. A nuestro parecer, la autorregulación demográfica debe depender de la liberación de la mujer. En cuanto los interdictos son superados y las barreras derribadas por un número suficiente de mujeres, en cuanto éstas van dejando de confinarse en el papel de procreadoras y custodias de un hogar cuya jefatura corresponde al hombre, el descenso de la natalidad suele ser rápido. Muchas pioneras aceptan pagar un elevado precio por esas rupturas: un precio de soledad, desarraigo y exclusión.

Hacen falta disposiciones legales y medidas técnicas por parte de los estados, por ejemplo para favorecer la escolarización femenina, fijar la edad mínima para el matrimonio y el estatuto matrimonial, legalizar los anticonceptivos, fomentar el empleo de las mujeres. Con todo, el estado no debe imponer ni favorecer, contra una sexualidad pluralista, un solo modelo o una sola norma. Lo decisivo sigue siendo que la demografía cambia cuando las mujeres hacen cambiar su condición social.

Las grandes religiones monoteístas no se libran de este importante debate. Se enfrentan con la evolución real de sus propios fieles.

En el norte de la católica Italia se ha alcanzado la fecundidad más baja del mundo. En Irlanda, de igual confesión, el promedio de hijos por mujer ha descendido de 4 a 2 en veinte años. La evolución es parecida en España. En Brasil, México o Colombia, la condena de los anticonceptivos es impugnada a la vez por teólogos y por el descenso real de la natalidad en los dos últimos decenios.

En la franja de población islámica que va de Bangladesh a Marruecos, la natalidad decae ya en mayor o menor grado. Esto es lo que

viene ocurriendo en Túnez, Marruecos, Turquía, en las repúblicas soviéticas de Asia central, incluso en Egipto y en Argelia (que decidió en 1979 la «reducción activa de la tasa de natalidad»). En mayo de 1971, en Túnez, el congreso de las mujeres musulmanas exigió la abolición de la poligamia y el respeto de la dignidad femenina basándose en la interpretación del Corán. En numerosos países islámicos son legales la venta y la publicidad de los anticonceptivos, y se ha hecho más flexible la legislación en materia de aborto.

Cabe añadir — a propósito de algo que más adelante examinaremos de nuevo — que en el mismo movimiento que apunta a la autorregulación — junto a la liberación — de las mujeres, manifestamos nuestra desconfianza profunda hacia las técnicas de manipulación de la reproducción y nuestra oposición a las manipulaciones genéticas en seres humanos.

El poder en entredicho

De todo lo anterior no hay que concluir que la responsabilidad es exclusiva de las mujeres. Conviene que éstas promuevan una conciencia feminista, igual que la clase obrera trató en su momento de promover una conciencia de clase. Pero su movimiento llama a que todo el mundo se haga feminista, tanto los hombres como las mujeres. El feminismo es una de las oportunidades para fundar una nueva política. Esta mejorará si se vuelve menos especializada, menos artificial, menos alejada de la vida cotidiana y, en consecuencia, más radicalmente humana.

El movimiento de las mujeres ha desplazado el lugar de la política planteando como centrales algunos problemas antes relegados a la vida privada. Ha generado sus propias estructuras políticas, que son autónomas. La política establecida ha mostrado su empeño en relegar a un gueto esta creatividad. Construir enclaves de libertad al margen de la cultura dominante y contra ella no parecía abrir perspectivas de transformación general.

El feminismo ha tratado de penetrar en las instituciones. Pero la política ha seguido siendo masculina. En política los hombres están acostumbrados a captar la realidad aplicando una determinada clave: la del poder. En las instituciones las mujeres se hallan en minoría; los hombres dominan en ellas no sólo por su peso numérico, sino también por su discurso y su práctica. Han aparecido mujeres

dirigentes. En muchas ocasiones el poder que han detentado las ha convertido en coartadas, sin que hayan dejado de contribuir a reproducir las estructuras y los estereotipos dominantes.

La violencia masculina ambiental ha obligado a las mujeres a recurrir a la protección del estado. Pero el estado no es neutro en materia sexual. Su represión se ejerce en beneficio de un orden que sigue siendo antifeminista. El movimiento de liberación de las mujeres evoluciona en esta maraña de contradicciones. Quedarse en el estado supone el peligro de ser integrado por él. Alejarse de él equivale a desaprovechar un medio. La cuestión estriba en elaborar estrategias que utilicen el estado como campo de acción, sin desembocar en la integración del movimiento ni en la desvirtuación de sus objetivos.

Las mujeres están enseñando ya a los hombres a introducir en la vida política ciertas prácticas de relación como escucharse unos a otros, tomar en consideración el punto de vista de los demás en las respuestas, atender a los imperativos cotidianos, como el cuidado de los niños, etc. Pero está claro que las formas políticas existentes pueden integrar e instrumentalizar esas capacidades femeninas. Quiéranlo o no, las mujeres que participen en política, si están aisladas o son minoría, no podrán evitar que su participación sirva para que se perpetúen las estructuras concebidas con miras al poder. La única posibilidad de que entren en la vida política sin quedar destruidas ni absorbidas, de que transformen los valores, es que las mujeres se incorporen en masa a las estructuras.

Luchamos por la paridad. Tantas mujeres como hombres en todas las instancias políticas. Pero somos conscientes de lo limitado de esta exigencia y de la necesidad de llevar mucho más lejos la transformación. Se trataría tan sólo de un primer cambio. No obstante, es ya mucho más que limitarse al lema de «Más mujeres en la vida política». La paridad generaría la base material para una apropiación de la política por las mujeres y para una transformación, necesariamente larga, de las formas y mentalidades políticas. A los hombres no dejaría de crearles problemas: pérdida de poder, contradicciones de intereses; a partir de ellos podrían debatirse y resolverse otras cuestiones más profundas. La mayoría de los partidos verdes han abierto el camino. Los ecosocialistas queremos que todos los países europeos no sólo adopten el principio de la representación proporcional en las elecciones, sino que además lo refuercen con la alternancia obligatoria en cada lista de las mujeres y los hombres en

puestos elegibles. Para los hombres el feminismo no es algo que caiga por su propio peso. Como la democracia, se aprende. Este cambio traería consigo muchas sorpresas.

El ecosocialismo será feminista o no será.

CAPÍTULO III

Por un diálogo entre las culturas de nuestro planeta

Desde la época de las catedrales, Europa se ha identificado con la civilización occidental. Durante cinco siglos ha sido el centro del mundo capitalista. Ha mandado a África, Asia, América y Oceanía a sus mercaderes, militares y misioneros. Las sociedades en las que vivimos se han construido gracias a una sangría de inmensas riquezas y a la destrucción de pueblos, de culturas y de ecosistemas en los cinco continentes.

Hace menos de un siglo Gran Bretaña, Francia y Alemania se disputaban el título de primera potencia del planeta. Hoy ningún estado europeo domina ya la Tierra. Pasaron los tiempos de una Europa-mundo. Europa dio nacimiento a los Estados Unidos. Allí las catedrales se han convertido en rascacielos. A partir de 1890 los Estados Unidos se convirtieron en el país más rico del mundo. Hoy una parte de Europa compete con los Estados Unidos en el mercado mundial, pero depende de este país, de su poderío, de su técnica, de sus ideas y de sus imágenes.

El Japón, la única gran potencia económica no europea que nunca fue colonizada, adoptó a partir de 1868 las técnicas occidentales, y ello le ha permitido alcanzar el segundo o tercer puesto mundial. A comienzos del decenio de 1980 empezaron a instalarse compañías japonesas en un puñado de nuevos países industriales del Asia oriental y sudoriental. Hoy más del 40% de las inversiones directas japonesas van a los Estados Unidos y aproximadamente el 20% a los países europeos de la OCDE. El auge económico de esta parte

del mundo puede ser uno de los fenómenos característicos del siglo XXI.

En cuanto a la Unión Soviética y a los países que forman junto con ella el COMECON, han emprendido una serie de transformaciones de gran alcance cuyo desenlace es aún incierto.

Pero el planeta ofrecería un aspecto muy distinto si la riqueza de cada país se correspondiera con su número de habitantes.

Jamás hubo tanta riqueza y tanta pobreza juntas

La población de las dos «superpotencias» no es más que, aproximadamente, una veinteava parte de la población mundial. Tres seres humanos de cada cinco viven en Asia. China y la India reúnen más o menos el 38% de los habitantes del planeta. Dentro de tres o cuatro generaciones un ser humano de cada cuatro será probablemente africano.

Doscientos años atrás la producción de lo que hoy llamamos "tercer mundo" era posiblemente el triple de la de los países industrializados de hoy. Hace un siglo estos se pusieron a su nivel. Actualmente la producción del tercer mundo no representa más que la cuarta parte, pese a estar mucho más poblado. En el siglo XVIII las diferencias de productividad del trabajo entre campesinos de las distintas regiones del mundo eran de 1 a 2. En el siglo XIX, de 1 a 10. Actualmente hay una diferencia de productividad de 1 a 1.000 entre un campesino del Malí y un gran productor agrícola estadounidense.

Antes de la revolución neolítica las diferencias de ingreso medio por persona no debían de superar la proporción de 1 a 1,5. El nacimiento de la agricultura aumentó esta distancia aproximadamente en un tercio a lo largo de varios milenios. Después de unos dos siglos de capitalismo, el producto medio por habitante evaluado para los diez países que se consideran los más pobres del mundo (Etiopía, Bangladesh, Burkina Faso, Malí, Bhutan, Mozambique, Nepal, Malawi, Zaire y Birmania) supone la centésima parte del de los países industriales más opulentos. Una familia muy rica de los Estados Unidos dispone de ingresos 100.000 veces superiores, y quizá más, que una familia menesterosa de un país pobre.

En 1986 las primeras 500 empresas transnacionales se distribuían así: 216 en los Estados Unidos, 140 en la CEE, 87 en el Japón y 57 en otros países. Las 200 mayores transnacionales privadas realizan en conjunto un volumen de ventas que equivale a la cuarta parte del producto mundial. Sólo unos quince países tienen un producto interior que supera la cifra de negocios de la mayor transnacional del mundo, la General Motors. Varias decenas de países tienen un producto inferior al volumen de ventas de cada una de las 25 que la siguen en la lista. Esas transnacionales controlan el 90% de las exportaciones de piña americana y productos forestales; 85 a 90% del trigo, el café, el maíz, el algodón, el tabaco y el yute; 85% del cacao, 80% del té, 70 a 75% de los plátanos y el caucho natural, 70% del arroz y 60% del azúcar.

Occidente posee las tres cuartas partes de la red mundial de ferrocarriles, una red de carreteras incomparable, imperios marítimos y la mayor parte de las líneas aéreas, descontando las de los países del Este. Sólo en Francia (550.000 km²) existen 200.000 puentes. Los Estados Unidos solos controlan el 75% de la circulación mundial de los programas de televisión, el 89% de la información comercial informatizada, el 65% de la publicidad comercial. El 88% de la totalidad de artículos científicos se publica en inglés. Cuatrocientas revistas (el 0,8% del total) editan la mitad del total de publicaciones. Los países capitalistas desarrollados realizan entre 3/4 y 4/5 de las exportaciones de productos manufacturados y más de 2/3 de las importaciones de productos primarios. La mayor parte del comercio de productos manufacturados de los países capitalistas desarrollados se efectúa entre estos mismos países. El comercio de productos manufacturados entre países del tercer mundo («Sur-Sur») no representa sino el 30% de sus exportaciones y el 16% de sus importaciones. Incluso los países capitalistas desarrollados exportan mayor cantidad de productos primarios que el tercer mundo. Los intercambios entre países del Este y países del Sur son escasos. Globalmente el 26% de la población mundial consume: el 86% de los metales no ferrosos, el 85% del papel, el 80% de la energía, el 79% del acero, el 53% de las grasas alimentarias, el 38% de las proteínas, el 34% de las calorías. Las otras tres cuartas partes de la humanidad se quedan con los restos. Hoy padecen hambre mayor número de personas que en cualquier momento anterior. En 1980 el número de quienes no disponían del mínimo necesario de calorías había aumentado en un 14% respecto a 1970. Este mundo complejo fluctúa. Las evaluaciones no siempre coinciden. Los vocablos «Norte», «Sur», «Occidente», «tercer mundo» no reflejan fiel-

mente la realidad. Sin embargo, no hay nada más real que la desigualdad existente, que, además, se va agravando con el paso del tiempo. Desde 1974, después de la «crisis del petróleo», cinco estados — más tarde siete — se han erigido en organizadores de la economía planetaria: Estados Unidos, Japón, RFA, Francia, Gran Bretaña, Italia y Canadá. Con los doce estados que actualmente la componen, la CEE reúne en su seno a todos los estados que eran potencias coloniales en 1914, salvo Rusia.

La dominación neocolonial adopta múltiples formas. El orden militar internacional, controlado por el club del apocalipsis nuclear, ha repartido por todo el planeta unas tres mil bases en territorio extranjero. Los gastos militares mundiales representan mucho más que toda la riqueza de que pueden disponer los dos mil millones de seres humanos que pueblan China, la India e Indonesia en conjunto. Los Estados Unidos y la Unión Soviética gastan la mitad del total, es decir, más de un millón de dólares por minuto. En 1985 los salarios y las pensiones del ejército estadounidense ascendieron a más de veinte veces el PNB de Etiopía. La mitad de los gastos militares mundiales de un solo día bastarían para financiar todo el programa de la Organización Mundial de la Salud para erradicar el paludismo. Cada dieciocho o veinte meses la carrera de armamentos contribuye a matar indirectamente, mediante la subalimentación, las enfermedades y el analfabetismo, a tantas personas de Asia, Africa, Latinoamérica y Oceanía cuantas murieron en todo el mundo a consecuencia de la segunda guerra mundial.

Los estados industrializados, del Este y del Oeste, empezaron a atiborrar al tercer mundo de armas en los años cincuenta. Actualmente efectúan el 90% de las exportaciones de armas, y el 80% de las importaciones las realiza el tercer mundo. Los tres países que venden más son Estados Unidos, la Unión Soviética y Francia. Gran Bretaña quiere dar un impulso a sus exportaciones. Alemania Federal soporta cada vez menos las restricciones que pesan sobre ella. Italia, España, Grecia y Benelux se movilizan para aumentar su participación en este mercado. Los ejércitos y las policías de muchos estados del tercer mundo pelean más a menudo contra conciudadanos suyos subalimentados que contra agresores extranjeros.

Las grandes potencias controlan el espacio y una gran parte de los océanos. Si quedara reducida a su territorio, Francia ocuparía el lugar 45 por su superficie marítima. Gracias a las colonias que conserva, ocupa el tercer lugar detrás de Estados Unidos y Gran Bretaña.

Las grandes potencias controlan el sistema comercial y aduanero internacional. De los 500 primeros bancos mundiales, 107 son japoneses, 94 norteamericanos, 190 europeo-occidentales. En 1979 el volumen de transacciones monetarias superaba seis veces el volumen del comercio mundial. En 1986 lo superó veinte veces. En octubre de 1986 el «crac» consistió en reventar un globo especulativo hinchado en exceso y en purgarlo de la suma de 2 billones de dólares, es decir, de una suma equivalente al doble de la deuda del tercer mundo y a un año de comercio mundial. Cuando las tasas de interés suben un 1%, la deuda africana aumenta en 1.500 millones de dólares. Los bancos y los estados han estrujado al tercer mundo hasta tal punto que, reembolsando a sus acreedores, han estado financiando las economías más ricas. Las estrategias típicas dictadas por el FMI y el Banco Mundial — que han fomentado los monocultivos de exportación, unas infraestructuras con exceso de capacidad y salarios y precios agrícolas muy bajos — han dado por resultado la dislocación de sociedades y de ecosistemas. En Marruecos la producción de trigo por habitante ha caído en más de la mitad en treinta años, hasta por debajo del nivel de 1930; Marruecos, que antes exportaba cereales, importa hoy los 4/5 de los que necesita.

Las maniobras monetarias y financieras han anulado las subidas del precio del petróleo. En siete años (1980-1987) la capacidad de compra de las materias primas en relación con los productos manufacturados disminuyó en un tercio, situándose de nuevo al nivel histórico de los años treinta de este siglo. Los mineros del estaño de Bolivia se mueren de miseria porque los hombres de negocios de Londres son quienes fijan las cotizaciones.

El capitalismo somete a este mundo por la fuerza a una nueva división del trabajo. Internacionalizar la producción consiste hoy, de hecho, en acelerar la integración productiva de las economías más ricas en el interior de un espacio económico homogéneo. Una gran empresa considera que no tiene talla mundial si no está establecida en por lo menos dos de las zonas de la «tríada» Estados Unidos-CEE-Japón; dentro de esta tríada hay un proceso de búsqueda de nuevos equilibrios internos.

En 1965 los productos manufacturados no constituían más que el 18% de las exportaciones del tercer mundo. En 1986 esta proporción pasó al 41%. Los países opulentos siguen especializados en productos industriales, pero principalmente en productos químicos y semielaborados y en productos de las industrias mecánicas y eléc-

tricas. Transfieren a algunos países del tercer mundo la producción de artículos tradicionales de consumo. En particular en las «zonas francas», donde un millón de personas, sobre todo mujeres de entre 16 y 25 años, reciben salarios de hambre a cambio de efectuar operaciones manuales de montaje. Seis países realizan aproximadamente el 80% de las exportaciones de productos manufacturados de todo el tercer mundo: Taiwan, Corea del Sur, Hong-Kong, Singapur, Brasil y México. Ocho países — cuatro de ellos en Latinoamérica y cuatro en Asia — reciben la misma suma de inversiones extranjeras que otros 110 estados del tercer mundo. Seis de ellos — Brasil, México, Argelia, Venezuela, Corea del Sur y Argentina — han recibido dos tercios de todos los créditos de los bancos privados.

Asia, África, América Latina y una parte de Oceanía carecen de energía porque los países capitalistas (y los del Este) practican un sistema de despilfarro sumamente desigual y destructor. Para luchar contra los países del Sur productores de petróleo, los países capitalistas no sólo han explotado a fondo, como lo ha hecho el Reino Unido, sus propias reservas, sino que se han lanzado por la senda de la energía nuclear despreciando los riesgos ecológicos.

Sin abandonar sus zonas de influencia en América Latina y el Pacífico, el capitalismo ha reducido a la décima parte sus inversiones mineras en África negra y ha concentrado sus esfuerzos en el «cinturón minero» constituido por Canadá, Australia, Sudáfrica y los países escandinavos. Liquidando sin vacilar ramas enteras de producción en el hemisferio norte, con el correspondiente coste para las regiones y los obreros afectados, ha substituido las materias primas importadas del tercer mundo por materiales nuevos, ha miniaturizado productos acabados, ha introducido nuevos procedimientos de producción y recuperación. Estas medidas no vienen promovidas por la ecología ni por el progreso técnico — aunque en algunos casos concretos puedan resultar provechosas —, sino por el imperialismo. A la vez, se mandan hacia el tercer mundo cantidades crecientes de desechos.

Entre los estados de Europa occidental, destaca el neocolonialismo francés. Francia conserva algunas colonias. La amplitud de su programa energético nuclear no tiene parangón (entre 1975 y 1981 se multiplicó por siete su potencia instalada). Esgrime una fuerza nuclear disuasoria. Un cuarto del uranio que consume procede de Sudáfrica. A partir de 1962 creó una fuerza de intervención que apunta al tercer mundo. Hay tropas francesas desplegadas en Cór-

cega, Senegal, Costa de Marfil, Gabón, Djibuti, la República Centroafricana, las Antillas, Guayana y el Pacífico. Este conjunto se halla unido por una red de acuerdos, de lazos ocultos, la «zona del franco» y la francofonía: todo este dispositivo, que abarca 25 estados africanos, pretende substituir el imperio por la influencia. Este neocolonialismo hace funcionar en el continente negro unos sistemas económicos, sociales y ecológicos caducos.

El mundo creado entre los siglos XV y XX no puede subsistir como antes

La receta neoliberal que aún es hegemónica pone como ejemplo el reciente crecimiento de algunos países de Asia atribuyéndolo al respeto por las leyes del mercado. Esta visión no sólo hace abstracción de la diversidad de condiciones concretas que se dan en el tercer mundo, careciendo por ello de valor universal, sino que además, y sobre todo, se contradice con la realidad de las experiencias que supuestamente le sirven de base. El desarrollo de los «dragones» asiáticos depende de un intervencionismo estatal masivo. Lo que queda del esquema neoliberal es: por una parte, represión brutal destinada a bloquear todo proceso de organización obrera y a proteger el poder discrecional de los empleadores; por otra parte, y sobre todo, inserción en la división internacional del trabajo deseada por los países ricos.

El FMI y el Banco Mundial no quieren acabar con la asimetría de los intercambios Norte-Sur. Tratan de mantenerla desplazándola hacia el intercambio de bienes con tasas desiguales de valor añadido e intensidades tecnológicas también desiguales. Corea del Sur, Taiwan, Singapur y Brasil tratan actualmente de negarse a aceptar en parte esta polarización en las especializaciones internacionales. Pero el encuadramiento financiero les obliga a aceptarlo.

La receta keynesiana, formulada en el informe Brandt y practicada en los acuerdos entre la CEE y los países de Africa, el Caribe y el Pacífico (acuerdos ACP), asegura que toma en consideración la idea de un nuevo orden económico internacional. Se basa en la hipótesis de un interés mutuo de las economías del Norte y el Sur. Preconiza precios estables y remuneradores para las materias primas, transferencias financieras importantes hacia el tercer mundo y, a cambio, la apertura de un gran mercado para los productos de los países ricos. Tal modelo está ya superado.

La estabilización de los precios reales de las materias primas se vuelve ilusoria por su tendencia estructural, técnica, a descender desde 1900 y por la inestabilidad de las tasas de cambio. En los países del tercer mundo productores de petróleo, salvo algunas excepciones, el aumento del precio de este producto básico no ha desembocado en un desarrollo productivo, sino en una economía de rentistas, a menudo provechosa para una minoría de acaparadores. El esquema keynesiano no se propone modificar la división internacional del trabajo. Como las especializaciones primarias son poco rentables de cara a la exportación, los países del tercer mundo sólo pueden invertir aumentando su dependencia respecto de las financiaciones de los países ricos. La inyección de capitales nunca basta para desencadenar un desarrollo económico racional. La mayoría de las veces tan sólo logra difundir los modos de producción y consumo occidentales, a la vez que fomenta unas extremas desigualdades y la destrucción de los ecosistemas. El Norte sólo saca provecho de ello a corto plazo. El Sur, por su parte, no saca ningún provecho.

Las derechas extremas sugieren que se institucionalice un *apartheid* planetario. Así, Europa debería rodearse de un «muro» contra los inmigrantes, como el imperio romano en su momento. Constituiría un «tercer bloque», que desplazaría las industrias contaminantes, explotaría las materias primas y los productos agrícolas del tercer mundo y trataría a éste como basurero. Esta salida podría configurarse incluso a manera de condominio Oeste-Este sobre el resto del mundo. Hace falta sacar a Europa de la trampa de la guerra fría, por supuesto, pero no para declarar una guerra al Sur. Hagan lo que hagan, las europeas y los europeos dependen del Sur. En la RFA una reducción súbita del 30% en el volumen de importaciones de diez substancias minerales «estratégicas» podría provocar un descenso a corto plazo del producto interior de entre el 10 y el 28%. Antes de la primera guerra mundial, Lenin estigmatizaba el reparto entre los obreros de las metrópolis de las «migajas» de lo robado en las colonias. La ecología nos muestra que las migajas llevan veneno que afecta a todos los pueblos. No habrá isla verde en un océano de contaminación. En cualquier caso, Europa entera, dentro de cien años, representará tan sólo entre el 3 y el 6% de la población mundial.

NEW LEFT REVIEW 100

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2016

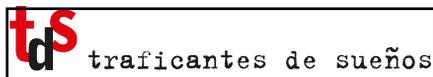
	EDITORIAL	
SUAN WATKINS	¿Soltando amarras?	7
	ARTÍCULOS	
MALCOLM BULL	Ablandar el Estado	39
TONY WOOD	Espejos oscuros	61
PERRY ANDERSON	Los herederos de Gramsci	79
NANCY FRASER	El capital y los cuidados	111
MICHEL AGLIETTA	La desaceleración estadounidense	133
	CRÍTICA	
ROB LUCAS	La máquina libre	146
EMMA FAJGENBAUM	La cultura de la auditoría	163
DAVID OWEN	Los conformistas	172

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

LAS CONTRADICCIONES DEL CAPITAL Y LOS CUIDADOS

LA «CRISIS DE los cuidados» es en este momento uno de los principales temas de debate público¹. A menudo relacionado con ideas como «pobreza de tiempo», «equilibrio familia-trabajo» y «vaciamiento social», hace referencia a las presiones que desde diversos puntos están actualmente exprimiendo un conjunto clave de capacidades sociales: las disponibles para tener y criar niños, cuidar de amigos y familiares, mantener hogares y comunidades más amplias, y sostener relaciones más en general². Históricamente, estos procesos de «reproducción social» han estado considerados trabajo de mujeres, aunque los hombres siempre han realizado también parte de los mismos. Los cuidados, que comprenden tanto trabajo afectivo como material y a menudo se realizan sin remuneración, son indispensables para la sociedad. Sin ellos no podría haber cultura, ni economía, ni

¹ Una traducción al francés de este ensayo se pronunció en París el 14 de junio de 2016 en forma de Conferencia Marc Bloch de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, en cuya página digital está disponible. Debo dar las gracias a Pierre-Cyrille Hautcoeur por invitarme a dar la conferencia, a Johanna Oksala por estimular los debates, a Mala Htun y Eli Zaretsky por sus útiles comentarios, y a Selim Heper por su ayuda con la investigación.

² Véanse, entre otros muchos ejemplos recientes, Ruth Rosen, «The Care Crisis», *The Nation*, 27 de febrero de 2007; Cynthia Hess, «Women and the Care Crisis», Institute for Women's Policy Research, Briefing Paper n.º. 401, abril de 2013; Daniel Boffey, «Half of All Services Now Failing as UK Care Sector Crisis Deepens», *The Guardian*, 26 de septiembre de 2015. Respecto a la «pobreza de tiempo», véanse Arlie Hochschild, *The Time Bind*, Nueva York, 2001; Heather Boushey, *Finding Time*, Cambridge (MA), 2016. Respecto al «equilibrio familia-trabajo», véanse Heather Boushey y Amy Rees Anderson, «Work-Life Balance», *Forbes*, 26 de julio de 2013; Martha Beck, «Finding Work-Life Balance», *Huffington Post*, 10 de marzo de 2015. Respecto al «vaciamiento social», véase Shirin Rai, Catherine Hoskyns y Dania Thomas, «Depletion: The Cost of Social Reproduction», *International Feminist Journal of Politics*, vol. 16, núm. 1, 2013.

organización política. Ninguna sociedad que sistemáticamente debilite su reproducción social logra perdurar mucho. Hoy en día, sin embargo, una nueva forma de sociedad capitalista está haciendo exactamente eso. El resultado es una enorme crisis, no solo de los cuidados, sino también de la reproducción social en su sentido más amplio.

Entiendo esta crisis como uno de los componentes de una «crisis general», que incluye también vectores económicos, ecológicos y políticos, que se entrecruzan y exacerbaban mutuamente. El aspecto de la reproducción social forma una dimensión importante de esta crisis general, pero a menudo queda olvidado en los actuales debates, que se centran principalmente en los peligros económicos o ecológicos. Este «separatismo crítico» es problemático; el aspecto social es tan fundamental en la crisis en general que ninguno de los otros puede entenderse adecuadamente haciendo abstracción de él. Sin embargo, también puede afirmarse lo contrario. La crisis de la reproducción social no es un elemento independiente y no puede entenderse adecuadamente por sí sola. ¿Cómo deberíamos interpretarla, entonces? Yo sostengo que la «crisis de los cuidados» es mejor interpretarla como una expresión más o menos aguda de las contradicciones socioreproductivas del capitalismo financiarizado. Esta formulación sugiere dos ideas. En primer lugar, las actuales tensiones a las que están sometidos los cuidados no son accidentales, sino que tienen unas profundas raíces sistémicas en la estructura de nuestro orden social, que yo denomino aquí capitalismo financiarizado. No obstante, y este es el segundo punto, la actual crisis de la reproducción social indica que hay algo podrido no solo en la actual forma financiarizada del capitalismo, sino en la sociedad capitalista *per se*.

Sostengo que toda forma de sociedad capitalista alberga una contradicción o «tendencia a la crisis» socioreproductiva profundamente asentada: por una parte, la reproducción social es una de las condiciones que posibilitan la acumulación sostenida de capital; por otra, la orientación del capitalismo a la acumulación ilimitada tiende a desestabilizar los procesos mismos de reproducción social sobre los cuales se asienta. Esta contradicción socioreproductiva del capitalismo se sitúa en la base de la denominada crisis de los cuidados. Aunque inherente al capitalismo como tal, asume una forma diferente y distintiva en cada forma históricamente específica de la sociedad capitalista: en el capitalismo liberal competitivo del siglo XIX; en el capitalismo gestionado por el Estado de posguerra; y en el capitalismo neoliberal financiarizado de

nuestro tiempo. Los déficits de cuidados que experimentamos hoy son la forma que esta contradicción adopta en esta tercera fase, la más reciente, del desarrollo capitalista.

Para desarrollar esta tesis, propongo explicar primero la contradicción social del capitalismo como tal, en su forma general. En segundo lugar, esbozo su evolución histórica en las dos fases anteriores del desarrollo capitalista. Por último, sugiero interpretar los «déficits de los cuidados» de hoy en día como expresiones de la contradicción social del capitalismo en su actual fase financiarizada.

Aprovechándose del mundo de vida

La mayoría de los estudiosos de la crisis contemporánea se centran en las contradicciones internas del sistema económico capitalista. En el núcleo de este, afirman, radica una tendencia innata a la autodesestabilización, que se expresa periódicamente mediante crisis económicas. Este punto de vista es acertado hasta cierto punto, pero no aporta una imagen completa de las tendencias inherentes del capitalismo a la crisis. Al adoptar una perspectiva economicista, interpreta el capitalismo de manera excesivamente restrictiva como un sistema económico *simpliciter*. Por el contrario, asumiré una interpretación ampliada del capitalismo, que abarca tanto su economía oficial como las condiciones contextuales «no económicas» de la misma. Dicho punto de vista nos permite conceptualizar y criticar toda la gama de tendencias del capitalismo a la crisis, incluidas las que afectan a la reproducción social.

Mi argumento es que el subsistema económico del capitalismo depende de actividades de reproducción social externas a él, que constituyen una de las condiciones primordiales que posibilitan su existencia. Otras condiciones primordiales son las funciones de gobernanza desempeñadas por los poderes públicos y la disponibilidad de la naturaleza como fuente de «insumos productivos» y como «sumidero» de los residuos de la producción³. Aquí me centraré, sin embargo, en el modo en el

³ Las condiciones políticas primordiales necesarias para una economía capitalista se analizan en Nancy Fraser, «Legitimation Crisis?», *Critical Historical Studies*, vol. 2, núm. 2, 2015. Las condiciones ecológicas se analizan en James O'Connor, «Capitalism, Nature, Socialism: A Theoretical Introduction», *Capitalism, Nature, Socialism*, vol. 1, núm. 1, 1988; y en Jason Moore, *Capitalism in the Web of Life*, Londres y Nueva York, 2015.

que la economía capitalista depende –podría decirse que se aprovecha sin coste alguno– de actividades de reposición, prestación de cuidados e interacción que producen y sostienen vínculos sociales, aunque no les asigna valor monetario y los trata como si fuesen gratuitos. Denominada de diversas formas («cuidados», «trabajo afectivo» o «subjetivación»), dicha actividad forma los sujetos humanos del capitalismo, sosteniéndolos como seres naturales personificados, al tiempo que los constituye como seres sociales, formando sus *habitus* y el *ethos* cultural en los que se mueven. El trabajo de traer al mundo y socializar a los niños es fundamental para este proceso, al igual que cuidar a los ancianos, mantener los hogares, construir comunidades y sostener los significados, las disposiciones afectivas y los horizontes de valor compartidos que apuntalan la cooperación social. En las sociedades capitalistas, buena parte de esta actividad, aunque no toda, se efectúa al margen del mercado: en viviendas, barrios, asociaciones de la sociedad civil, redes informales e instituciones públicas tales como los colegios; y una parte relativamente pequeña de la misma adopta la forma de trabajo asalariado. La actividad de reproducción social no asalariada es necesaria para la existencia del trabajo asalariado, para la acumulación de plusvalor y para el funcionamiento del capitalismo como tal. Ninguna de estas cosas podría existir en ausencia del trabajo doméstico, la crianza de niños, la enseñanza, los cuidados afectivos y toda una serie de actividades que sirven para producir nuevas generaciones de trabajadores y reponer las existentes, así como para mantener los vínculos sociales y las mentalidades compartidas. La reproducción social es una condición de fondo indispensable para la posibilidad de la producción económica en una sociedad capitalista⁴.

Al menos desde la era industrial, sin embargo, las sociedades capitalistas han separado el trabajo de reproducción social del trabajo de reproducción económica. Asociando el primero con las mujeres y el segundo con

⁴ Muchas teóricas feministas han planteado versiones de este argumento. Desde la perspectiva de las formulaciones feministas-marxistas, véase Lise Vogel, *Marxism and the Oppression of Women*, Boston, 2013; Silvia Federici, *Revolution at Point Zero*, Nueva York, 2012 [ed. en cast.: *Revolución en punto cero*, Madrid, 2013]; y Christine Delphy, *Close to Home*, Londres y Nueva York, 2016. Otra elaboración convincente es la de Nancy Folbre, *The Invisible Heart*, Nueva York, 2002. Desde la perspectiva de la «teoría de la reproducción social», véanse Barbara Laslett y Johanna Brenner, «Gender and Social Reproduction», *Annual Review of Sociology*, vol. 15, 1989; Kate Bezanson y Meg Luxton (eds.), *Social Reproduction*, Montreal, 2006; Isabella Bakker, «Social Reproduction and the Constitution of a Gendered Political Economy», *New Political Economy*, vol. 12, núm. 4, 2007; Cinzia Arruzza, «Functionalist, Determinist, Reductionist», *Science & Society*, vol. 80, núm. 1, 2016.

los hombres, han remunerado las actividades «reproductivas» con la moneda del «amor» y la «virtud», al tiempo que compensaban el «trabajo productivo» con dinero. De este modo, las sociedades capitalistas crearon una base institucional para formas nuevas y modernas de subordinación de las mujeres. Separando el trabajo reproductivo del universo de las actividades humanas en general, en el que antes el trabajo de las mujeres ocupaba un lugar reconocido, lo relegaron a una «esfera doméstica» de nueva institucionalización, en la que la importancia social de dicho trabajo quedó oscurecida. Y en este mundo nuevo, en el que el dinero se convirtió en el principal medio de poder, el hecho de no estar remunerado selló la cuestión: quienes efectúan dicho trabajo están estructuralmente subordinadas a aquellos que reciben salarios en metálico, aunque su trabajo proporcione una precondition necesaria para el trabajo asalariado, e incluso mientras está siendo también saturado de nuevos y falseados ideales domésticos de feminidad.

En general, por lo tanto, las sociedades capitalistas separan la reproducción social de la producción económica, asociando la primera con las mujeres, y oscureciendo su importancia y su valor. Paradójicamente, sin embargo, hacen depender sus economías oficiales de los mismísimos procesos de reproducción social cuyo valor rechazan. Esta peculiar relación de separación-dependencia-rechazo es una fuente inherente de inestabilidad: por un lado, la producción económica capitalista no es autosuficiente, sino que depende de la reproducción social; por otro, su tendencia a la acumulación ilimitada amenaza con desestabilizar los mismísimos procesos y capacidades reproductivas que el capital necesita (y también el resto de nosotros). Con el tiempo la consecuencia puede ser, como veremos, la de hacer peligrar las condiciones sociales necesarias para la economía capitalista. Se trata, en efecto, de una «contradicción social» inherente en la estructura profunda de la sociedad capitalista. Como las contradicciones económicas resaltadas por los marxistas, también esta cimienta una tendencia a las crisis. En este caso, sin embargo, la contradicción no se sitúa «dentro» de la economía capitalista, sino en la frontera que simultáneamente separa y conecta producción y reproducción. Ni intraeconómica ni intradoméstica, es una contradicción *entre* dos elementos constituyentes de la sociedad capitalista. A menudo, por supuesto, esta contradicción es silenciada, y la tendencia correspondiente a las crisis permanece oculta. Se agudiza, sin embargo, cuando la tendencia del capital a ampliar la acumulación se desancla de sus bases sociales y se vuelve contra ellas. En dicho caso,

la lógica de la producción económica se antepone a la de la reproducción social, desestabilizando los mismísimos procesos de los que depende el capital, y haciendo peligrar las capacidades sociales, tanto domésticas como públicas, necesarias para sostener la acumulación a largo plazo. Destruyendo las propias condiciones de posibilidad, la dinámica de acumulación del capital se muerde de hecho su propia cola.

Realizaciones históricas

Esta es la estructura de la tendencia general del «capitalismo como tal» a la crisis social. Sin embargo, la sociedad capitalista solo existe en formas históricas precisas o regímenes de acumulación también específicos. La organización capitalista de la reproducción social ha experimentado de hecho grandes cambios históricos, a menudo como resultado de la protesta política; en especial en periodos de crisis en los que los actores sociales luchan por los límites que separan la «economía» de la «sociedad», la «producción» de la «reproducción» y el «trabajo» de la «familia», y en ocasiones consiguen trazarlos de nuevo. Estas «luchas por los límites», como yo las llamo, son tan fundamentales para las sociedades capitalistas como la lucha de clases analizadas por Marx, y los cambios que producen marcan transformaciones que hacen época⁵. Una perspectiva que sitúe en primer plano estos cambios puede distinguir al menos tres regímenes de reproducción social asociados a modelos específicos de producción económica en la historia del capitalismo.

El primero es el régimen de capitalismo competitivo liberal del siglo XIX. Combinando explotación industrial en el núcleo europeo con la expropiación colonial en la periferia, este régimen tendía a dejar a los trabajadores reproducirse de manera «autónoma», fuera de los circuitos del valor monetizado, mientras los Estados se mantenían al margen. Pero también creó un nuevo imaginario burgués de domesticidad. Catalogando la reproducción social como territorio de las mujeres dentro de la familia privada, este régimen elaboró el ideal de «esferas separadas», al tiempo que privaba a la mayoría de las condiciones necesarias para realizarlo.

⁵ Nancy Fraser, «Tras la morada oculta de Marx», *NLR* 86, mayo-junio de 2014, analiza las luchas por los límites y critica la concepción del capitalismo como una economía.

El segundo régimen es el capitalismo gestionado por el Estado propio del siglo xx. Basado en la producción industrial y en elevados niveles de consumo familiar en los países más desarrollados de la economía-mundo capitalista y sustentado por la continuación de la expropiación colonial y poscolonial en la periferia, este régimen organizó la reproducción social a través de la provisión estatal y corporativa de bienestar social. Al modificar el modelo victoriano de esferas separadas, promovió el ideal aparentemente más moderno del «salario familiar», a pesar de que, de nuevo, relativamente pocas familias lograron alcanzarlo.

El tercer régimen es el capitalismo financiarizado y globalizador del momento actual. Este régimen ha deslocalizado los procesos de producción, trasladándolos a regiones de bajos salarios, ha atraído a las mujeres a la fuerza de trabajo remunerada y ha promovido la desinversión estatal y corporativa en bienestar social. Al externalizar el trabajo de los cuidados a familias y comunidades, ha disminuido simultáneamente la capacidad de ambas para efectuarlo. El resultado, en medio de una creciente desigualdad, es una organización dualizada de la reproducción social, mercantilizada para aquellos que pueden pagarla, privatizada para aquellos que no pueden, todo ello disimulado por el ideal aún más moderno de la «familia con dos proveedores».

En cada régimen, por lo tanto, las condiciones socioreproductivas para la producción capitalista han asumido una forma institucional diferente y materializado un orden normativo diferente: primero «esferas separadas», después «el salario familiar» y ahora la «familia con dos proveedores». En cada uno de estos casos, también, la contradicción social de la sociedad capitalista ha asumido un aspecto distinto, encontrando expresión en un conjunto distinto de fenómenos de crisis. En cada régimen, por último, la contradicción social del capitalismo ha incitado diferentes luchas sociales: lucha de clases, sin duda, pero también luchas por los límites, ambas entremezcladas también con otras que buscaban la emancipación de las mujeres, de los esclavos y de los pueblos colonizados.

Relegación de las mujeres al hogar

Considérese, en primer lugar, el capitalismo competitivo liberal del siglo xix. En esa época, los imperativos de la producción y de la reproducción parecían situarse directamente en contradicción directa. En los primeros

centros fabriles del núcleo capitalista, los industriales, hambrientos de mano de obra barata y manifiesta docilidad, atraieron a mujeres y niños a fábricas y minas. Con un salario de miseria y obligados a trabajar largas jornadas en condiciones insalubres, estos trabajadores se convirtieron en iconos del desprecio del capital por las relaciones y las capacidades sociales que sostenían su productividad⁶. El resultado fue una crisis al menos en dos planos: por una parte, una crisis de la reproducción social entre las clases pobres y trabajadoras, cuya capacidad de sustento y de reposición se tensaron hasta llegar al borde del punto de ruptura; por otra, un pánico moral entre las clases medias, a las que les escandalizaba lo que consideraban la «destrucción de la familia» y la «desexualización» de las mujeres proletarias. Tan desesperada llegó a ser la situación, que hasta críticos tan perspicaces como Marx y Engels confundieron este conflicto directo inicial entre producción económica y reproducción social con el punto final del mismo. Imaginando que el capitalismo había entrado en su crisis terminal, creyeron que, al destruir la familia de clase obrera, el sistema estaba también erradicando la base de la opresión de las mujeres⁷. Pero lo que de hecho ocurrió fue exactamente lo contrario: con el tiempo, las sociedades capitalistas encontraron recursos para gestionar esta contradicción mediante la creación de «la familia» en su forma restringida moderna, la invención de nuevos e intensificados significados de la diferencia de género y la modernización de la dominación masculina.

El proceso de ajuste empezó, en el núcleo europeo, con una legislación proteccionista. La idea era estabilizar la reproducción social limitando la explotación de mujeres y niños en el trabajo fabril⁸. Encabezada por los reformadores de clase media en alianza con las nacientes organizaciones obreras, esta «solución» reflejaba una compleja amalgama de motivos diferentes. Uno de los objetivos, célebremente puesto de relieve por Karl Polanyi, era el de defender la «sociedad» contra la «economía»⁹. Otro era el de apaciguar la ansiedad por la «nivelación de género». Pero estos motivos

⁶ Louise Tilly y Joan Scott, *Women, Work, and Family*, Londres, 1987.

⁷ Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto of the Communist Party*, en *The Marx-Engels Reader*, Nueva York, 1978, pp. 487-488 [ed. cast.: *Manifiesto del partido comunista*, Madrid, 1997]; Friedrich Engels, *The Origin of the Family, Private Property and the State*, Chicago, 1902, pp. 90-100 [ed. cast.: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Madrid, 2006].

⁸ Nancy Woloch, *A Class by Herself*, Princeton, 2015.

⁹ Karl Polanyi, *The Great Transformation*, Boston, 2001, pp. 87, 138-139, 213 [ed. cast.: *La gran transformación*, Barcelona, 2016].

estaban también relacionados con algo más: la insistencia en la autoridad masculina sobre mujeres y niños, en especial dentro de la familia¹⁰. Como resultado, la lucha por garantizar la integridad de la reproducción social acabó ligada a la defensa de la dominación masculina.

El efecto pretendido, sin embargo, era el de silenciar la contradicción social en el núcleo capitalista, incluso mientras la esclavitud y el colonialismo la elevaban a un tono extremo en la periferia. Creando lo que Maria Mies denominó la «*housewifization*», esto es, la relegación de las mujeres al hogar, como la otra cara de la colonización¹¹, el capitalismo competitivo liberal elaboró un nuevo imaginario de género centrado en esferas separadas. Presentando a la mujer como «el ángel del hogar», sus defensores pretendían crear un lastre estabilizador contra la volatilidad de la economía. El feroz mundo de la producción debía estar flanqueado por un «refugio en un mundo despiadado»¹². Mientras cada parte se atuviese a la esfera que se le había asignado como propia y sirviese de complemento de la otra, el potencial conflicto entre ellas se mantendría oculto.

En realidad, esta «solución» demostró ser muy inestable. La legislación proteccionista no podía garantizar la reproducción del trabajo cuando los salarios se mantenían por debajo de lo necesario para sostener una familia; cuando los bloques de viviendas atestados y rodeados de contaminación impedían la intimidad y dañaban los pulmones; cuando el propio empleo (si es que se tenía) estaba sometido a salvajes fluctuaciones debido a las quiebras, los desplomes bursátiles y los pánicos financieros. Y esas soluciones tampoco satisfacían a los trabajadores. Luchando por mejoras salariales y mejores condiciones de trabajo, formaron sindicatos, acudieron a la huelga y se afiliaron a partidos obreros y socialistas. Desgarrado por un conflicto de clase de amplio espectro y cada vez más agudo, el capitalismo no parecía tener el futuro asegurado.

Las esferas separadas resultaron igual de problemáticas. Las mujeres pobres, racializadas y obreras no estaban en condiciones de satisfacer los ideales victorianos de domesticidad; si bien la legislación proteccionista mitigó su explotación directa, no proporcionó respaldo material o

¹⁰ Ava Baron, «Protective Labour Legislation and the Cult of Domesticity», *Journal of Family Issues*, vol. 2, núm. 1, 1981.

¹¹ Maria Mies, *Patriarchy and Accumulation on a World Scale*, Londres, 2014, p. 74.

¹² Eli Zaretsky, *Capitalism, the Family and Personal Life*, Nueva York, 1986; Stephanie Coontz, *The Social Origins of Private Life*, Londres, 1988.

compensación por los salarios perdidos. Y tampoco las mujeres de clase media que podían acomodarse a los ideales victorianos estaban siempre satisfechas con su situación, que combinaba confort material y el prestigio moral con la minoría de edad jurídica y la dependencia institucionalizada. Para ambos grupos, la «solución» de las esferas separadas se produjo en gran medida a expensas de las mujeres. Pero también las enfrentó entre sí: véanse los debates del siglo XIX por la prostitución, que alineaban las preocupaciones filantrópicas de las mujeres victorianas de clase media contra los intereses materiales de sus «hermanas caídas»¹³.

Una dinámica distinta se desplegó en la periferia. Allí, mientras el colonialismo extractivo devastaba las poblaciones sometidas, ni las esferas separadas ni la protección social disfrutaban de influencia alguna. Lejos de intentar proteger las relaciones de reproducción social autóctonas, las potencias metropolitanas promovían activamente su destrucción. Se saqueaba a los campesinos, se destrozaban sus comunidades, para obtener los alimentos, los textiles, los minerales y la energía baratos sin los que la explotación de los trabajadores industriales de la metrópoli no habría sido rentable. En las Américas, por su parte, las capacidades reproductivas de las mujeres esclavizadas eran instrumentalizadas para los cálculos de beneficio de los plantadores, que de manera sistemática separaban a las familias esclavas vendiendo sus miembros a diferentes propietarios¹⁴. Los niños nativos eran también arrancados de sus comunidades, reclusos en colegios de misioneros y sometidos a disciplinas de asimilación coercitivas¹⁵. Cuando hacían falta racionalizaciones, el estado «atrasado, patriarcal» de las organizaciones de parentesco precapitalistas de los indígenas era muy útil. También aquí, entre los colonialistas, las filántropas encontraron una plataforma pública, animando «a los hombres blancos a salvar a las mujeres de piel oscura de los hombres de piel oscura»¹⁶.

En ambos escenarios, la periferia y el núcleo, los movimientos feministas se encontraron sorteando un campo de minas político. Rechazando

¹³ Judith Walkowitz, *Prostitution and Victorian Society*, Cambridge, 1980; Barbara Hobson, *Uneasy Virtue*, Chicago, 1990.

¹⁴ Angela Davis, «Reflections on the Black Woman's Role in the Community of Slaves», *The Massachusetts Review*, vol. 13, núm. 2, 1972.

¹⁵ David Wallace Adams, *Education for Extinction*, Kansas, 1995; Ward Churchill, *Kill the Indian and Save the Man*, San Francisco, 2004.

¹⁶ Gayatri Spivak, «Can the Subaltern Speak?», en Cary Nelson y Lawrence Grossberg (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture*, Londres, 1988, p. 305.

la dependencia de la mujer casada y las esferas separadas y, al mismo tiempo, exigiendo el derecho a votar, a negarse a mantener relaciones sexuales, a disponer de propiedades, a firmar contratos, a ejercer profesiones y a controlar sus propios salarios, las feministas liberales parecían valorar la aspiración «masculina» a la autonomía sobre los ideales «femeninos» de la crianza. Y en este punto, aunque en pocos más, sus homólogas feministas socialistas se mostraban completamente de acuerdo. Concibiendo la entrada de las mujeres en el trabajo remunerado como la ruta hacia la emancipación, también estas últimas preferían los valores «masculinos» asociados con la producción a los asociados con la reproducción. Estas asociaciones eran ideológicas, sin duda, pero tras ellas radicaba una intuición profunda: a pesar de las nuevas formas de dominación que traía consigo, la erosión de las relaciones de parentesco tradicionales provocada por el capitalismo contenía un impulso emancipador.

Atrapadas en una doble pinza, muchas feministas encontraban escaso consuelo en cualquiera de los dos lados del doble movimiento de Polanyi: ni el de la protección social, con su adscripción a la dominación masculina, ni el de la mercantilización, con su descuido de la reproducción social. Incapaces de rechazar o asumir sin más el orden liberal, necesitaban una tercera alternativa, que llamaron emancipación. En la medida en la que las feministas lograron personificar el término, aprovecharon de hecho la dualista figura polanyiana y la sustituyeron por lo que podríamos denominar un «triple movimiento». En este conflicto a tres bandas, los partidarios de la protección y los partidarios de la mercantilización no solo chocaron mutuamente, sino que también lo hicieron con los defensores de la emancipación: con las feministas, sin duda, pero también con socialistas, abolicionistas y anticolonialistas, todos los cuales se esforzaban por enfrentar entre sí las dos fuerzas polanyianas, al mismo tiempo que chocaban entre ellos. Por muy prometedora que fuese en teoría, dicha estrategia era difícil de llevar a la práctica. En la medida en la que los esfuerzos por «proteger la sociedad de la economía» eran identificados con la defensa de la jerarquía de género, podía deducirse fácilmente que la oposición feminista a la dominación masculina respaldaba las fuerzas económicas que hacían estragos en la clase trabajadora y en las comunidades periféricas. Estas asociaciones demostrarían ser sorprendentemente duraderas, hasta mucho después de que el capitalismo competitivo liberal se hundiera bajo el peso de sus múltiples contradicciones, en los estertores de las guerras interimperialistas, las

depresiones económicas y el caos financiero internacional, dando lugar a mediados del siglo xx a un nuevo régimen, el del capitalismo gestionado por el Estado.

El fordismo y el salario familiar

Emergiendo de las cenizas de la Gran Depresión y de la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo gestionado por el Estado desactivó de diferente manera la contradicción entre la producción económica y la reproducción social: situando el poder estatal del lado de la reproducción. Asumiendo cierta responsabilidad pública por el «bienestar social», los Estados de esta época intentaban contrarrestar los efectos corrosivos no solo de la explotación, sino también del desempleo masivo, sobre la reproducción social. Este objetivo fue asumido por igual tanto por los Estados del bienestar democráticos del núcleo capitalista como por los Estados desarrollistas de la periferia recién independizados, a pesar de sus diferentes recursos y capacidades para hacerlo realidad.

De nuevo, los motivos eran mixtos. Un estrato de elites ilustradas había llegado a pensar que el interés cortoplacista del capital de exprimir al máximo los beneficios debía subordinarse a las necesidades más duraderas de sostener la acumulación en el tiempo. La creación del régimen gestionado por el Estado estaba pensada para salvar el sistema capitalista de sus propias propensiones desestabilizadoras, así como del espectro de la revolución en una época de movilización de masas. La productividad y la rentabilidad exigían el cultivo «biopolítico» de una fuerza de trabajo sana y preparada, con intereses en el sistema, y no una desarrapada muchedumbre revolucionaria¹⁷. La inversión pública en atención sanitaria, enseñanza, cuidado de niños y pensiones de jubilación, complementada por las aportaciones empresariales, se consideraron una necesidad en una época en la que las relaciones capitalistas habían penetrado en la vida social hasta tal extremo que las clases trabajadoras ya no disponían de medios para reproducirse por sí solas. En esta situación, la reproducción social debía ser interiorizada, introducida en el ámbito del orden capitalista oficialmente gestionado.

¹⁷ Michel Foucault, «Governmentality», en Graham Burchell, Colin Gordon y Peter Miller (eds.), *The Foucault Effect*, Chicago, 1991, pp. 87-104; M. Foucault, *The Birth of Biopolitics, Lectures at the Collège de France 1978-1979*, Nueva York, 2010, p. 64 [ed. orig.: *La naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France (1978-1979)*, París, 2004; ed. cast.: *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*, Madrid, 2009].

Ese proyecto encajó con la nueva problemática de la «demanda» económica. Con el objetivo de suavizar los ciclos de auge y depresión endémicos del capitalismo, los reformadores económicos intentaron asegurar un crecimiento continuo, que permitiese que los trabajadores del núcleo capitalista ejerciesen su doble deber de consumidores. Aceptando la sindicación, que permitió subir los salarios, y el gasto del sector público, que creaba puestos de trabajo, los responsables de las políticas públicas de esa época reinventaron el hogar como espacio privado para el consumo doméstico de objetos de uso cotidiano producidos en masa¹⁸. Enlazando la cadena de montaje con el consumismo familiar de la clase trabajadora, por una parte, y con la reproducción apoyada por el Estado, por otra, este modelo fordista forjó una novedosa síntesis de mercantilización y protección social, proyectos que Polanyi había considerado antitéticos.

Pero fueron sobre todo las clases trabajadoras –hombres y mujeres– las que encabezaron la lucha por la provisión pública, actuando por razones propias. Para ellos, la cuestión era la plena participación en la sociedad como ciudadanos democráticos y, por lo tanto, la dignidad, los derechos, la respetabilidad y el bienestar material, para todos los cuales se entendía que hacía falta una vida familiar estable. Al optar por la socialdemocracia, las clases trabajadoras estaban, por consiguiente, valorizando también la reproducción social frente al devorador dinamismo de la producción económica. En efecto, votaban por la familia, el país y el mundo de vida, y contra la fábrica, el sistema y la máquina. A diferencia de la legislación protectora del régimen liberal, la solución del capitalismo de Estado derivó de un compromiso entre clases y representó un avance democrático; las nuevas soluciones sirvieron también, al menos para algunos y durante algún tiempo, para estabilizar la reproducción social. Para los trabajadores de la etnia mayoritaria en el núcleo capitalista, aliviaron las presiones materiales sobre la vida familiar y promovieron la incorporación política.

Pero antes de apresurarnos a proclamar una edad de oro, deberíamos registrar las exclusiones constitutivas que hicieron posible estos logros. Como antes, la defensa de la reproducción social en el núcleo fue unida al (neo)imperialismo; los regímenes fordistas financiaban en parte los derechos sociales mediante la continua expropiación de la periferia –incluida la «periferia dentro del núcleo»–, que persistió en formas viejas y nuevas

¹⁸ Kristin Ross, *Fast Cars, Clean Bodies*, Cambridge (MA), 1996; Dolores Hayden, *Building Suburbia*, Nueva York, 2003; Stuart Ewen, *Captains of Consciousness*, Nueva York, 2008.

después de la descolonización¹⁹. Por su parte, los Estados poscoloniales, atrapados en el punto de mira de la Guerra Fría, dirigieron el grueso de sus recursos, ya de por sí mermados por la depredación imperial, a proyectos de desarrollo a gran escala, que a menudo suponían la expropiación de «sus propias» poblaciones indígenas. La reproducción social, para la inmensa mayoría de la periferia, seguía siendo externa, mientras se dejaba a las poblaciones rurales defenderse por sí solas. Como su predecesor, también el régimen gestionado por el Estado estaba entrelazado con la jerarquía racial: el seguro social estadounidense excluía a los trabajadores domésticos y agrícolas, privando así de hecho a muchos negros estadounidenses de derechos sociales²⁰. Y la división racial del trabajo reproductivo, comenzada durante la esclavitud, asumió con el régimen de Jim Crow una nueva forma, en la que las mujeres de color realizaban un trabajo mal remunerado criando a los hijos y limpiando las casas de las familias «blancas» a expensas de las suyas propias²¹.

Y tampoco la jerarquía de género estaba ausente de estas soluciones. En un periodo –aproximadamente entre la década de 1930 y finales de la de 1950– en el que los movimientos feministas no disfrutaban de mucha visibilidad pública, prácticamente nadie cuestionaba la opinión de que la dignidad de la clase trabajadora exigía «el salario familiar», la autoridad masculina en el hogar y un firme sentido de diferencia de género. Como resultado, la amplia tendencia general del capitalismo gestionado por el Estado en los países del núcleo fue la de valorizar el modelo heteronormativo de familia sexista, basado en el hombre proveedor y la mujer encargada de la casa. La inversión pública en la reproducción social

¹⁹ En esta era, el apoyo estatal a la reproducción social fue financiado mediante recaudación tributaria y fondos específicos a los que contribuían tanto los trabajadores como el capital metropolitanos en diferentes proporciones, dependiendo de las relaciones de poder de clase dentro de cada Estado concreto. Pero esas corrientes de ingresos estaban infladas con el valor desviado de la periferia mediante los beneficios extraídos de la inversión extranjera directa y mediante el comercio basado en el intercambio desigual: Raúl Prebisch, *The Economic Development of Latin America and its Principal Problems*, Nueva York, 1950 [ed. cast.: *El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas*, Nueva York, 1949]; Paul Baran, *The Political Economy of Growth*, Nueva York, 1957 [ed. cast.: *La economía política del crecimiento*, México DF, 1967]; Geoffrey Pilling, «Imperialism, Trade and “Unequal Exchange”: The Work of Aghiri Emmanuel», *Economy and Society*, vol. 2, núm. 2, 1973; Gernot Köhler y Arno Tausch, *Global Keynesianism*, Nueva York, 2001.

²⁰ Jill Quadagno, *The Color of Welfare*, Oxford, 1994; Ira Katznelson, *When Affirmative Action Was White*, Nueva York, 2005.

²¹ Jacqueline Jones, *Labor of Love, Labor of Sorrow*, Nueva York, 1985; y Evelyn Nakano Glenn, *Forced to Care*, Cambridge (MA) 2010.

reforzaba estas normas. En Estados Unidos, el sistema de bienestar social asumió una forma dualizada, dividida en ayuda estigmatizada a mujeres y niños (blancos) que carecían de acceso a un salario masculino, por una parte, y el seguro social respetable para aquellos catalogados como «trabajadores», por otra²². Por el contrario, las soluciones europeas atrincheraban la jerarquía androcéntrica de diferente manera, en la división entre las pensiones para madres y los derechos ligados al trabajo asalariado, fomentadas en muchos casos por agendas pronatalistas nacidas de la competición interestatal²³. Ambos modelos validaron, asumieron y fomentaron el salario familiar. Institucionalizando interpretaciones androcéntricas de la familia y el trabajo, naturalizaron la heteronormatividad y la jerarquía de género, sustrayéndolas en gran medida de la protesta política.

En todos estos aspectos, la socialdemocracia sacrificó la emancipación a una alianza entre protección social y mercantilización, aun cuando mitigase la contradicción social del capitalismo durante varias décadas. Pero el régimen capitalista estatal empezó a resquebrajarse; primero políticamente en la década de 1960, cuando irrumpió la nueva izquierda mundial y empezó a cuestionar, en nombre de la emancipación, las exclusiones imperiales, de género y raciales, así como el paternalismo burocrático de dicho Estado; y, después, económicamente en la década de 1970, cuando la estanflación, la «crisis de la productividad» y el descenso de las tasas de beneficio en el sector industrial galvanizaron los esfuerzos neoliberales para desencadenar la mercantilización. Lo que se sacrificaría, cuando esas dos partes unieron fuerzas, fue la protección social.

²² Nancy Fraser, «Women, Welfare, and the Politics of Need Interpretation», en N. Fraser, *Unruly Practices*, Minneapolis, 1989; Barbara Nelson, «Women's Poverty and Women's Citizenship», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 10, núm. 2, 1985; Diana Pearce, «Women, Work and Welfare», en Karen Wolk Feinstein (ed.), *Working Women and Families*, Beverly Hills, 1979; Johanna Brenner, «Gender, Social Reproduction, and Women's Self-Organization», *Gender & Society*, vol. 5, núm. 3, 1991.

²³ Hilary Land, «Who Cares for the Family?», *Journal of Social Policy*, vol. 7, núm. 3, 1978; Harriet Holter (ed.), *Patriarchy in a Welfare Society*, Oslo, 1984; Mary Ruggie, *The State and Working Women*, Princeton, 1984; Birte Siim, «Women and the Welfare State», en Clare Ungerson (ed.), *Gender and Caring*, Nueva York, 1990; Ann Shola Orloff, «Gendering the Comparative Analysis of Welfare States», *Sociological Theory*, vol. 27, núm. 3, 2009.

Las familias con dos proveedores

Como el régimen liberal antes que él, el orden capitalista gestionado por el Estado se disolvió en el transcurso de una prolongada crisis. En la década de 1980, los observadores perspicaces podían distinguir ya los esbozos emergentes de un nuevo régimen, que acabaría convirtiéndose en el capitalismo financiarizado de la época actual. Globalizador y neoliberal, este régimen promueve la desinversión estatal y empresarial del bienestar social, al tiempo que atrae a las mujeres a la fuerza de trabajo remunerada, externalizando los cuidados a las familias y las comunidades al mismo tiempo que reduce la capacidad de estas para encargarse de ellos. El resultado es una organización nueva y dualizada de la reproducción social, mercantilizada para quienes pueden pagarla y privatizada para los que no, mientras algunos de los pertenecientes a la segunda categoría proporcionan cuidados a cambio de salarios (bajos) a los de la primera. Mientras tanto, el doble ataque de la crítica feminista y la desindustrialización ha privado definitivamente al «salario familiar» de toda credibilidad. Ese ideal ha dado lugar a la norma actual de «familia con dos proveedores».

El principal impulsor de estos cambios –y el rasgo definitorio de este régimen– es la nueva centralidad de la deuda. La deuda es el instrumento mediante el cual las instituciones financieras globales presionan a los Estados para que reduzcan el gasto social, imponen las políticas de austeridad y, en general, coluden con los inversores para extraer valor de las poblaciones indefensas. A través de la deuda también se despoja en gran medida a los campesinos del Sur global mediante una nueva ronda de apropiación corporativa de tierras, destinada a monopolizar la energía, el agua, los terrenos cultivables y las «compensaciones de emisiones de carbono». También cada vez más a través de la deuda prosigue la acumulación en el núcleo histórico capitalista: a medida que el trabajo precario y mal remunerado en el sector servicios sustituye al trabajo industrial sindicalizado, los salarios caen por debajo de los costes de reproducción socialmente necesarios; en esta «economía de trabajos precarios», el mantenimiento del gasto en consumo exige incrementar los niveles de endeudamiento, que crecen exponencialmente²⁴. Actualmente, en otras palabras, el capital canibaliza las condiciones de vida de las clases trabajadoras, impone

²⁴ Adrienne Roberts, «Financing Social Reproduction», *New Political Economy*, vol. 18, núm. 1, 2013.

disciplina a los Estados, transfiere riqueza de la periferia al núcleo capitalista y succiona valor de los hogares, las familias, las comunidades y la naturaleza esencialmente mediante la deuda.

El efecto es intensificar la contradicción inherente entre la producción económica y la reproducción social en el capitalismo. Mientras que el régimen anterior daba a los Estados poder para subordinar los intereses cortoplacistas de las empresas privadas al objetivo de la acumulación sostenida a largo plazo, en parte estabilizando la reproducción mediante la provisión pública, el régimen actual autoriza al capital financiero a imponer disciplina a los Estados y a los ciudadanos en favor de los intereses inmediatos de inversores privados, en buena medida exigiendo la desinversión pública en reproducción social. Y mientras que el régimen anterior alió la mercantilización y la protección social contra la emancipación, este genera una configuración aún más perversa, en la que la emancipación se une a la mercantilización para debilitar la protección social.

El nuevo régimen emergió de la trascendental intersección de dos conjuntos de luchas. Uno de esos conjuntos enfrentó a una parte ascendente, los partidarios del libre mercado, inclinados a liberalizar y globalizar la economía capitalista, contra los movimientos obreros cada vez más débiles en los países del núcleo capitalista; en otro tiempo la base más poderosa de respaldo a la socialdemocracia, estos últimos están ahora a la defensiva, si no completamente derrotados. El otro conjunto de luchas enfrentó a los «nuevos movimientos sociales» progresistas, opuestos a las jerarquías de género, sexo, «raza», etnia y religión, contra poblaciones que intentan defender mundos de la vida y privilegios establecidos, ahora amenazados por el «cosmopolitismo» de la nueva economía. De la colisión de estos dos conjuntos de luchas emergió un resultado sorprendente: un neoliberalismo «progresista», que celebra la «diversidad», la meritocracia y la «emancipación» al tiempo que desmantela las protecciones sociales y vuelve a externalizar la reproducción social. El resultado no es solo abandonar poblaciones indefensas a las depredaciones del capital, sino también redefinir la emancipación en los términos del mercado²⁵. Los movimientos de emancipación participaron en este proceso. Todos ellos –incluido el antirracismo, el multiculturalismo, la

²⁵ Fruto de una alianza inverosímil entre los partidarios del libre mercado y los «nuevos movimientos sociales», el nuevo régimen está revolviendo todas las alineaciones políticas habituales, enfrentando a feministas neoliberales «progresistas» como Hillary Clinton contra populistas nacionalistas y autoritarios como Donald Trump.

liberación de los colectivos LGTB, y la ecología— generaron corrientes neoliberales proclives al mercado. Pero la trayectoria feminista demostró ser especialmente decisiva, dada la prolongada vinculación de género y reproducción social por parte del capitalismo. Como cada uno de sus regímenes predecesores, el capitalismo financiarizado institucionaliza la división producción-reproducción sobre una determinada base de género. A diferencia de sus predecesores, sin embargo, su imaginario dominante es el individualismo liberal y la igualdad de género: las mujeres se consideran iguales a los hombres en todas las esferas y merecen igualdad de oportunidades para realizar sus talentos, incluido —quizá en especial— en la esfera de la producción. La reproducción, por el contrario, se percibe como un residuo retrógrado, un obstáculo que impide el avance en el camino hacia la liberación y del que, de un modo u otro, hay que prescindir.

A pesar de su aura feminista, o quizá debido a ella, esta concepción ejemplifica la actual forma de contradicción social del capitalismo, que asume una nueva intensidad. Además de disminuir la provisión pública y atraer a las mujeres al trabajo asalariado, el capitalismo financiarizado ha reducido los salarios reales, aumentando así el número de horas de trabajo remunerado que cada hogar necesita para sostener a la familia y provocando una desesperada pelea por transferir el trabajo de cuidados a otros²⁶. Para llenar el «vacío de los cuidados», el régimen importa trabajadores migrantes de los países más pobres a los más ricos. Típicamente, son mujeres racializadas, a menudo de origen rural, de regiones pobres, las que asumen el trabajo reproductivo y de cuidados antes desempeñado por mujeres más privilegiadas. Pero para hacerlo, las migrantes deben transferir sus propias responsabilidades familiares y comunitarias a otras cuidadoras aún más pobres, que deben a su vez hacer lo mismo, y así sucesivamente, en «cadenas de cuidados globales» cada vez más largas. Lejos de cubrir el vacío de los cuidados, el resultado neto es desplazarlo de las familias más ricas a otras más pobres, del Norte global al Sur global²⁷. Este escenario encaja en las estrategias de género de los Estados poscoloniales endeudados y privados de recursos, sometidos a los programas de ajuste estructural del FMI. Desesperadamente necesitados de divisas, algunos de ellos han promovido activamente la

²⁶ Elizabeth Warren y Amelia Warren Tyagi, *The Two-Income Trap*, Nueva York, 2003.

²⁷ Arlie Hochschild, «Love and Gold», en Barbara Ehrenreich y Arlie Hochschild (eds.), *Global Woman*, Nueva York, 2002, pp. 15-30; Brigitte Young, «The “Mistress” and the “Maid” in the Globalized Economy», *Socialist Register*, núm. 37, 2001.

emigración de las mujeres para efectuar cuidados remunerados en el extranjero que les aporta remesas, mientras que otros han promovido la inversión extranjera directa mediante la creación de zonas francas dedicadas a la producción para la exportación, a menudo en sectores, como los textiles y el montaje de aparatos electrónicos, que prefieren emplear a trabajadoras²⁸. En ambos casos, las capacidades de reproducción social quedan aún más debilitadas.

Dos fenómenos que se han producido recientemente en Estados Unidos ejemplifican la gravedad de la situación. El primero es la creciente popularidad de la «congelación de óvulos», un procedimiento que cuesta normalmente 10.000 dólares, pero que ahora es ofrecido de forma gratuita por las empresas de las tecnologías de la información como compensación no salarial dirigida a empleadas muy cualificadas. Ansiosas por atraer y conservar a estas trabajadoras, empresas como Apple y Facebook les ofrecen un fuerte incentivo para posponer la maternidad, diciendo, en efecto: «espera, y ten tus hijos a los cuarenta o a los cincuenta, o incluso los sesenta; dedícanos tus años productivos, de mayor energía, a nosotros»²⁹. Otro fenómeno que se está produciendo en Estados Unidos es igualmente sintomático de la contradicción entre reproducción y producción: la proliferación de caras bombas mecánicas, de alta tecnología, para extraer leche materna. Esta es la «solución» preferida en un país con una elevada tasa de participación femenina en la población activa, sin permiso de maternidad o paternidad obligatorio, y enamorado de la tecnología. Este es también un país en el que el amamantamiento es *de rigeur*, pero ha cambiado más allá de todo posible reconocimiento. Ya no se trata de que un niño mame del pecho de su madre, sino que ahora la madre «amamanta» ordeñándose su propia leche mecánicamente y almacenándola para que después una niñera se la dé con el biberón. En un contexto de grave pobreza de tiempo, los sacaleches de manos libres con doble copa son los más apetecidos,

²⁸ Jennifer Bair, «On Difference and Capital», *Signs*, vol. 36, núm. 1, 2010.

²⁹ «Apple and Facebook offer to freeze eggs for female employees», *The Guardian*, 15 de octubre de 2014. Algo importante es que esta compensación no está ya reservada exclusivamente a la clase directiva-técnica-profesional. El ejército estadounidense ofrece congelación de óvulos gratuita a las mujeres reclutadas que amplíen su periodo de servicio activo en el extranjero: «Pentagon to Offer Plan to Store Eggs and Sperm to Retain Young Troops», *The New York Times*, 3 de febrero de 2016. En este caso, la lógica del militarismo se impone a la de la privatización. Que yo sepa, nadie ha planteado aún la inminente cuestión de qué hacer con los óvulos de una militar fallecida en combate.

porque permiten a la madre extraerse la leche de ambos senos a la vez, mientras conduce de camino al trabajo³⁰.

Con presiones como estas, ¿sorprende que las luchas por la reproducción social hayan explotado en años recientes? A menudo las feministas del Norte describen su objetivo como el «equilibrio entre familia y trabajo»³¹, pero las luchas referentes a la reproducción social abarcan mucho más: los movimientos comunitarios por la vivienda, la atención sanitaria, la seguridad alimentaria y una renta básica no condicionada; las luchas por los derechos de los migrantes, de los trabajadores domésticos y de los empleados públicos; las campañas para sindicalizar a los trabajadores del sector servicios empleados en residencias de ancianos, hospitales y guarderías con ánimo de lucro; y las luchas por servicios públicos tales como la atención en centros de día a niños y ancianos, por una jornada laboral más corta y por un permiso de maternidad y paternidad generoso y remunerado. Unidas, estas reivindicaciones equivalen a la demanda de una reorganización masiva de la relación entre producción y reproducción: por soluciones sociales que permitan a personas de cualquier clase, sexo, orientación sexual y color combinar las actividades de reproducción social con un trabajo seguro, interesante y bien remunerado.

Las luchas por los límites referentes a la reproducción social son tan centrales para la actual coyuntura como las luchas de clase en el ámbito de la producción económica. Responden, sobre todo, a una «crisis de los cuidados», que tiene sus raíces en la dinámica estructural del capitalismo financiarizado. Globalizado e impulsado por la deuda, este capitalismo está expropiando sistemáticamente las capacidades disponibles para

³⁰ Courtney Jung, *Lactivism: How Feminists and Fundamentalists, Hippies and Yuppies, and Physicians and Politicians Made Breastfeeding Big Business and Bad Policy*, Nueva York, 2015, especialmente pp. 130-131. La *Affordable Care Act* (también denominada «Obamacare») exige ahora que las aseguradoras sanitarias proporcionen gratuitamente estos sacaleches a sus beneficiarias. De modo que tampoco esta ventaja es ya prerrogativa exclusiva de mujeres privilegiadas. El efecto ha sido crear un mercado nuevo y enorme para los fabricantes, que están produciendo grandes remesas de sacaleches en las fábricas de sus subcontratistas chinos: Sarah Kliff, «The breast pump industry is booming, thanks to Obamacare», *The Washington Post*, 4 de enero de 2013.

³¹ Lisa Belkin, «The Opt-Out Revolution», *The New York Times*, 26 de octubre de 2003; Judith Warner, *Perfect Madness: Motherhood in the Age of Anxiety*, Nueva York, 2006; Lisa Miller, «The Retro Wife», *New York Magazine*, 17 de marzo de 2013; Anne-Marie Slaughter, «Why Women Still Can't Have It All», *Atlantic*, julio-agosto de 2012, y *Unfinished Business: Women Men Work Family*, Nueva York, 2015; Judith Shulevitz, «How to Fix Feminism», *The New York Times*, 10 de junio de 2016.

sostener las conexiones sociales. Proclamando el nuevo ideal de familia con dos proveedores, atrae a los movimientos de emancipación, que se unen con los defensores de la mercantilización para oponerse a los partidarios de la protección social, ahora cada vez más resentidos y chovinistas.

¿Otra mutación?

¿Qué podría emerger de esta crisis? La sociedad capitalista se ha reinventado varias veces en el transcurso de su historia. En especial, en momentos de crisis general, cuando múltiples contradicciones –políticas, económicas, ecológicas y socioreproductivas– que se entremezclan y exacerbaban mutuamente estallaban en los ámbitos de las divisiones institucionales constitutivas del capitalismo: allí donde la economía se cruza con el sistema de gobierno, donde la sociedad se cruza con la naturaleza, y donde la producción se cruza con la reproducción. En esas fronteras, los actores sociales se han movilizado para redibujar el mapa institucional de la sociedad capitalista. Sus esfuerzos propugnaron el cambio, primero, del capitalismo competitivo liberal del siglo XIX al capitalismo gestionado por el Estado del XX, y después al capitalismo financiarizado de la época actual. Históricamente, la contradicción social del capitalismo ha conformado también una importante corriente de precipitación de la crisis, cuando la frontera que separa la reproducción social de la producción económica se ha convertido en un importante ámbito y objeto de lucha. En cada caso, el orden de género de la sociedad capitalista ha sido cuestionado y el resultado ha dependido de las alianzas forjadas entre los principales polos de un triple movimiento: mercantilización, protección social, emancipación. Esas dinámicas propulsaron el cambio, primero, de las esferas separadas al salario familiar y, después, a la familia con dos proveedores.

¿Qué sigue a todo ello en la actual coyuntura? ¿Son las actuales contradicciones del capitalismo financiarizado suficientemente graves como para considerarse una crisis general y deberíamos, por consiguiente, prever otra mutación de la sociedad capitalista? ¿Galvanizará la presente crisis luchas de suficiente amplitud y visión como para transformar el régimen actual? ¿Podría una nueva forma de feminismo socialista romper el idilio con la mercantilización del movimiento feminista predominante y, al mismo, tiempo forjar una nueva alianza entre la emancipación y la protección social? Y de ser así, ¿con qué fin? ¿Cómo podría reinventarse

hoy la división entre reproducción y producción y qué puede sustituir a la familia de dos proveedores?

Nada de lo que he dicho aquí sirve para responder estas cuestiones, pero al presentar el trabajo preliminar que nos permite plantearla he intentado arrojar cierta luz sobre la actual coyuntura. He sugerido, específicamente, que las raíces de la actual «crisis de los cuidados» se encuentran en la inherente contradicción social del capitalismo o, en realidad, en la forma aguda que esa contradicción asume hoy, en el capitalismo financiarizado. Si eso es cierto, entonces esta crisis no se resolverá haciendo pequeños arreglos de política social. La senda de su resolución solo puede avanzar mediante una profunda transformación estructural de este orden social. Lo que hace falta, ante todo, es superar el rapaz sometimiento de la reproducción a la producción que tiene lugar en el capitalismo financiarizado, pero esta vez sin sacrificar ni la emancipación ni la protección social. Esto, a su vez, exige reinventar la distinción entre producción y reproducción y reimaginar el orden de género. Queda por ver si el resultado de todo ello será compatible con el capitalismo.